

FRANK CAUDETT

ORGIA DE RESUCITADOS



Parecía estar colgando sobre el pulido asfalto de la calle. Sostenida encima de la ciudad por unos hilos misteriosos.

Era sólo un efecto óptico.

La enorme mansión, lóbrega y silenciosa, abrigada por un espeso manto de tinieblas se hallaba en lo alto de una colina.

Desde allí, no obstante, el trazado urbano de las populosas arterias parecía poder tocarse con los dedos, inclinándose, simplemente, hacia delante.

Se veían los modernos edificios, los rascacielos, las luces, el verde parpadeo de los semáforos, ora rojizo, ora amarillo, el vertiginoso circular de los coches por encima de un cielo negro y alquitranado.



Frank Caudett

Orgía de resucitados

Bolsilibros - Servicio Secreto - 905

ePub r1.1
LDS 27.12.17

Título original: *Orgía de resucitados*
Frank Caudett, 1967
Cubierta: Ángel Badía Camps
Ilustración interior: Peña
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CUATRO PROLOGOS EN UNO

BALTIMORE: RESUCITA UN MUERTO

Parecía estar colgando sobre el pulido asfalto de la calle. Sostenida encima de la ciudad por unos hilos misteriosos.

Era sólo un efecto óptico.

La enorme mansión, lóbrega y silenciosa, abrigada por un espeso manto de tinieblas se hallaba en lo alto de una colina.

Desde allí, no obstante, el trazado urbano de las populosas arterias parecía poder tocarse con los dedos, inclinándose, simplemente, hacia delante.

Se veían los modernos edificios, los rascacielos, las luces, el verde parpadeo de los semáforos, ora rojizo, ora amarillo, el vertiginoso circular de los coches por encima de un cielo negro y alquitranado.

La estela de los pilotos escarlatas parecía un borrón difuso, un rafagazo del infierno, que se confundía con el caudal de blanco cielo de los faros según los vehículos circularan en una u otra dirección.

La mescolanza de colorido, tan cercana, daba sensación de vida, de ritmo, de actividad continuada.

Todo era un efecto óptico.

Porque la mansión estaba muy distante del colorido, de la vida, del ritmo…, aunque pareciese pender incomprensiblemente encima de lo que no se podía alcanzar aun creyéndose muy cercano.

Había que serpentear una serie de tortuosos callejones y caminos angostos hasta llegar al pie de la colina.

Luego, seguir un descampado al que asomaba una tapia medio

derruida junto a la que se amontonaban montañas de escombros, desperdicios, inmundicias, excrementos… toda clase de basuras y porquerías que los habitantes de los últimos arrabales de la ciudad, de los edificios más lejanos, arrojaban allí.

Lo dicho, una tapia.

Y un enorme silencio marcando en la oscuridad el camino desigual, lleno de baches, piedras, agujeros… misterios.

Bastaba asomarse por encima de la tapia para obtener aquella falsa sensación de vida. Para ver los rascacielos. Los coches circulando a velocidades de vértigo.

Por último, un recodo más oscuro que la misma noche.

El siniestro edificio.

Por el centro, rompíase el vetusto muro al surgir una verja de altos y agudos barrotes de hierro. Un enigmático cable asomaba por entre aquéllos siendo rematado por un gancho, al tirar del cual, sonaba una monótona campana.

Al otro lado de la verja iniciábase un amplio y largo sendero de grava que ascendía en plano inclinado hasta tropezar con la sombría construcción que, a izquierda y derecha, mostraba dos siniestras escaleras laterales.

El sendero estaba flanqueado por altos setos, descuidados, que componían el agreste jardín y formaban a su vez nuevos caminos que llegaban al edificio rodeándolo en semicírculo.

Los arbustos habían crecido de una forma totalmente anárquica tomando sus troncos las direcciones más torcidas e inverosímiles.

Sin embargo, la rebeldía de los árboles al medrar, su frondosidad tupida, estaba favoreciendo los propósitos de la oscura sombra, una más entre las que poblaban el jardín, que se movía con extraordinario sigilo en dirección a la inhóspita mole.

Con la agilidad de un simio, el desconocido trepó por el tronco de un arbusto cercano al edificio, y sirviéndose del anómalo ramaje, se deslizó hasta la balaustrada del balcón que circundaba la planta superior de la casa.

Pegado a la pared, el cuerpo se movió con igual silencio y rapidez que lo hiciera en el jardín, caminando por delante de la fachada ligeramente inclinado.

Las viejas y carcomidas persianas hallábanse herméticamente cerradas, prohibiendo la salida o entrada del más leve rayo de luz.

El enigmático personaje se detuvo ante una de ellas, la forzó sin mayores dificultades y luego de apartar las pesadas cortinas de terciopelo se coló en la estancia.

Sirviéndose de una lámpara portátil fue recorriendo la pieza cuya oscuridad sesgaban las fugaces puñaladas de luz.

Un dormitorio.

Un durmiente.

Con su rítmica respiración ligeramente alterada a intervalos por un ronco resuello.

El subrepticio visitante se encaminó hacia la pared de la izquierda desenvolviéndose ahora con entera libertad y sin preocuparle el ruido que sus pisadas pudieran producir. Encendió la luz al tiempo que apagaba la linterna.

Era una mujer la que dormía.

Completamente arropada bajo las sábanas, apenas visible el desordenado cabello áureo. Cerrados los párpados en los que se adivinaba la huella de un lápiz de ojos, azul. Se acercó el individuo a los pies de la cama y fue tirando lentamente del doblado que sujetaba sábanas, mantas y colcha.

—¡Jane! ¡Jane!, ¿puedes oírme?

Asomó una mano blanca tratando de alzar instintivamente la ropa.

—¡Jane! ¡Estoy aquí!

Parpadeó torpemente. Los dedos, con dormida rabia, trataron de asir el borde de las sábanas.

Y entonces, bruscamente, brincó la que veía turbado su plácido sueño sentándose en la cama y echando hacia atrás la cabeza.

—¡Jane! ¡Soy yo… soy Harry!

Un nuevo parpadeo y al fin se abrieron los ojos azul-grises mirando a su alrededor con desconcierto.

Las manos subieron hasta ellos frotándolos con frenética furia.

—¿Qué ocurre… quién…?

Ahora pudo verlo.

Erguido. Inmóvil. Enhiesto. Inexpresivo. Estático.

Con una fría sonrisa esculpida a cincel sobre las lívidas, mejor cadavéricas, facciones.

Como un muerto.

—Soy Harry… ¿no me recuerdas?

Ella, la durmiente, la mujer, estaba consternada, Arañándose la garganta con terrorífico desespero.

¡Harry Coob! ¡Un muerto! ¡Un cadáver!

SU MARIDO.

No podía gritar. Lo estaba deseando con toda la vehemencia de su corazón.

Se le habían paralizado las cuerdas vocales.

Y entonces, sin borrar la helada sonrisa, sin apenas mover los labios pálidos, blanquecinos, le oyó murmurar:

—¡He vuelto, Jane! ¿Me ves? He conseguido escapar del reino de las tinieblas, del paraíso de la muerte… ¡soy un resucitado! Desde la ciénaga de sangre donde los cadáveres claman venganza… desde el pozo espectral donde los crímenes gritan pidiendo justicia… desde el satánico abismo donde los muertos piden muerte…, de ahí han emergido mis huesos calcinados para castigar la maldad, la perversidad los retorcidos instintos de quienes moráis en este reducto perecedero… ¡y tú hermosa paloma que simbolizas la crueldad y la ambición; tú perversa mujer de alma maquiavélica… serás el primer eslabón en la, cadena de mi venganza!

Al enmudecer aquella voz diabólica que parecía vibrar como un eco de ultratumba se rompió el sortilegio que mantenía inmóvil a la mujer.

Saltó de la cama con maquinales movimientos al tiempo que su garganta profería el ansiado grito.

—¡Aaaaaaah! ¡Socorroooooo!

Jadeante.

Enfebrecida, excitada, desencajadas las facciones de un rostro que aún era hermoso.

Sin importarle que el vaporoso camisón que cubría sus formas se hiciera jirones al quedar trabado en el brazo de una butaca cuando emprendía la desesperada y torpe huida.

—¡No! ¡Tú estás muerto! ¡Vete! ¡Auxilio!

El esotérico personaje se interpuso en ágil escorzo entre ella y la puerta.

Extendió sus manos hacia la mujer.

Huesudas. Descamadas. Espectrales. Heladas. Rígidas.

—¡Noooooo!

Se detuvo.

Con brusquedad.

Repentinamente.

Atizó los dedos como si quisiera llevarles hasta los ojos y arrancar de sus pupilas la horrenda visión.

Quedó el movimiento incompleto porque las manos cayeron lánguidas y el cuerpo a lo largo del alfombrado suelo sin que un nuevo gemido brotase de la garganta.

Ni un grito.

Fulminada.

Muerta.

—¡Ja, ja, ja, ja!

Una serie de brutales carcajadas, un eco infernal, grotesco, coreó la caída del cuerpo femenino y su inmovilidad.

—¡Estás muerta, estúpida Jane!

Consultó su reloj el extraño personaje, musitando para sí.

—A estas horas, allá en Casablanca, tú, Jacqueline… ¿estarás cumpliendo bien lo planeado? ¡Buena suerte!

Al otro lado de la puerta, por los pasillos del interior, se escucharon voces de alarma.

—¡Es en el cuarto de la señora!

Exclamaciones.

Carreras.

—La he oído gritar de un modo estremecedor.

—¿No estará sufriendo una pesadilla?

—¡Veámoslo!

Se abrió la hoja de madera.

En aquel preciso instante el diabólico individuo alzaba, hasta rodear su cuello, la negra capa que le caía de los hombros hasta los pies.

Esperó a que se introdujeran varios rostros.

—¡Soy la venganza! ¡Soy Henry Coob!

La confusión fue extraordinaria.

Dos muchachas que cubrían sus encantos con pudor y recato rodaron por el suelo lejos de las batas que ocultaban su hermosura.

—¡Es el señor! ¡Ha resucitado…!

Lo dijo, aterrado, la voz de un hombre.

No se dieron cuenta de cómo ni cuándo. Pero Henry Coob, el

resucitado, ya no estaba en la estancia.

—¡Avisemos a la policía!

—¡Primero debemos atender a la señora!

—¡Es horrible! ¡Un médico antes que nada!

Las chicas, ayudadas por un par de compañeras, habían vuelto a ocultar todo aquello que tanto agrada a los hombres.

Como la muerte.

También gusta a los hombres.

—¡Bueno! ¿No se mueve nadie?

¿Moverse?

¡Si estaban aterradas!

No obstante, dijo uno a media voz:

—No… no hace falta el médico.

Casablanca: Como Nace un Argumento

Siempre he opinado que la casualidad es en la vida lo mismo que el comodín en una baraja de naipes.

Y creo también que suelen achacarse a la casualidad muchas cosas que han sido estudiadas, pensadas preconcebidas.

Esto no. Puedo asegurarlo.

Fue auténtica casualidad. Uno de esos veleidosos giros del destino que nos llevan de forma inesperada al conocimiento de algo que es probable hubiésemos ignorado toda la vida.

No sé por qué decidí pasar una temporada de descanso en Casablanca.

Lo cierto es, que por aquellas fechas me sentía bastante agotado. Quizá no sea ésta la expresión justa y acertada. Digamos que me encontraba apático.

Ni lograba coordinar ideas ni concebir argumento alguno que me pareciese medianamente aprovechable.

Y así, de buenas a primeras, me largué a Marruecos.

Recuerdo que era un jueves de sol esplendoroso el día que llegué a Rabat. Y aunque mi intención inicial había sido la de dirigirme directamente a Casablanca, me quedó un par de días en la capital de Marruecos.

Máxime si tenemos en cuenta que las veinticuatro horas después correspondían a ese día de la semana que se llama viernes.

¡Ay!, ya, se están preguntando qué tienen de particular los viernes en Rabat, ¿no?

Lo explicaré.

Un acto que se viene repitiendo desde hace siglos y que a todo turista se le hace interesante, típico y pintoresco.

Chellah, la «Sala de la Colonia» de los romanos, está situado fuera de las murallas de Rabat.

Al franquear aquéllas el visitante descubre el Mechuar, en el fondo del cual se levanta el palacio real. Es el lugar en donde el pueblo marroquí se agolpa en múltiples ocasiones, para aclamar a Su Majestad el rey. Cada viernes, se celebra una ceremonia

tradicional que permite contemplar un espectáculo encantador a la vez que pintoresco. Diría yo que de belleza real. El acto, pese a todo, es sencillo. Su Majestad el rey saliendo de palacio a caballo atraviesa el Mechuar para personarse en la mezquita cercana al mismo. Djamaa Ahel Fes, en donde preside la oración solemne.

Por eso, por curiosidad de escritor y turista, me quedé un par de días en Rabat.

Luego, dudé entre Tánger y Casablanca Descarté la primera porque ya había escrito dos novelas cuya acción transcurría en aquella ciudad…, y porque Tánger, en verdad, ya no es la ciudad que se imaginan quienes no la han visto o la conocen a través de novelas y relatos truculentos. ¿Casablanca? Sí, puede que ocurra tres cuartos de lo mismo, pero… Yo lo he dicho, me largué a Casablanca, aburrido, pensativo, abúlico y silbando muy bajito aquella melodía famosa perteneciente a una película que llevó el nombre de esa ciudad.

Humprey Bogart e Ingrid Bergman fueron los intérpretes, ¿recuerdan? La melodía se llama: «Al correr el tiempo». También la recuerdan, ¿verdad?

Luego de repasarme cincuenta veces la guía de hoteles decidí hospedarme en el «Marhaba».

Eso queda en el 63 de la Avenue Armés.

Ya había firmado en el registro, y aclarado que era, norteamericano, de Baltimore; ya me habían observado con esa curiosidad con que suele miramos a los escritores y que a veces se me antoja hasta morbosa…, y en fin, ya había cumplido todos los trámites y recibido la llave de la habitación asignada cuando giré en dirección al ascensor.

—¡Frank! —exclamó una voz potente—. ¡Muchacho!, ¿qué haces tú aquí?

No. No podía contestarle que lo mismo que él. Ben Stone era periodista y lo sigue siendo hoy. Ben Stone era y es un tipo estupendo, un torreón humano de muchos centímetros, de atlética contextura, de férreos músculos, cinturón judoka de un color que ahora no recuerdo, pero sí me acuerdo que tiene los ojos negros al igual que el cabello, que sus facciones son agradables y que siempre expresan jovialidad.

Lo tenía ante mis narices.

Ben Stone. El eterno enviado especial del «Baltimore Sun».

¡Ah!, Ben también era, y es, de Baltimore.

—¡Eh, genio de la literatura! ¿Te vas a quedar sin decir ni pío y mirándome con cara de personaje estúpido de novela como las tuyas?

Dejé mi maleta en el suelo.

—Ni me acordaba de que en el mundo existieses —te dije—. Eres el último a quién hubiera esperado tropezarme aquí.

Ben me largó un manotazo a la espalda que me hizo trastabillar. Ya verán, uno es regularcillo. Pasable y poco forzudo.

—¡Vaya hombre! —exclamó Stone—. La cosa más lógica es que un periodista esté en cualquier parte del globo… ¿o no?

Me encogí de hombros.

—Correcto.

Entonces se me acercó un botones marroquí de rostro cetrino y ojos opacos que recogió mi maleta diciendo:

—¿Quiere seguirme, míster Caudett?

Ben, respondió por mí:

—¡Largo, mequetrefe! A éste lo acomodo yo.

El chasqueado botones obedeció al momento mientras Stone me preguntaba:

—¿Cuál es tu habitación?

Consulté la placa que colgaba de la llave.

—Treinta y siete —contesté.

—¡Andando, lumbrera!

Nos colamos en el elevador.

La habitación no estaba nada mal. Lo primero que hizo Stone mientras yo ordenaba mi equipaje colgando cuidadosamente los trajes en el armario, fue encargar un par de *whiskies* que nos fueron servidos con una diligencia que no tenemos los americanos.

Yo me bebo todos los vasos de un trago. Y si respiro mientras bebo, a toser se ha dicho.

Eso me ocurrió en aquel instante. Y Ben, se cansó de sacudirme el polvo de la espalda.

—¿Qué haces en Casablanca? —inquirió luego, entretanto me reponía de la tos y los manotazos.

Sonreí absurdamente.

—Nada.

Ben enarcó las cejas.

—¿Buscas tema con chilaba y cara tapada?

Chilaba, me imagino que ya lo saben, es el «saco» de los moros. Cara tapada, para Ben Stone, son las mujeres de los moros.

—No —negué con la cabeza.

Ben dio unos pasos en círculo.

—¿Llevas mucho tiempo sin escribir?

Medité la respuesta y terminé por responder la verdad.

—Sí.

Stone dio un salto, luego me arreó un palmetazo en las costillas que me hizo sentirme nave espacial, y exclamó satisfecho:

—¡Basta! ¡Ya sé lo que te pasa! ¡Ya sé lo que necesitas!

Solté una risita seca.

—Te equivocas, mocetón. Cartas, ni verlas, de mujeres, estoy cansado, de escribir…

—¡Nada, hombre, nada! Yo soy capaz de proporcionarte un argumento que…

En aquel instante repiqueteó el timbre del teléfono. Stone, que es muy curioso por necesidades de su profesión, quiso alcanzar el auricular.

Me anticipé.

—Caudett al teléfono, ¿quién me habla?

Un fugaz silencio.

—Es conferencia, míster Caudett, de Baltimore. Le paso la comunicación.

Me extrañó, palabra, acababa de llegar de Casa blanca. Nadie sabía dónde me encontraba, y aun sabiéndole, ¿cómo que me hospedaba en el «Marhaba»?

Pero la llamada venía de Baltimore. Yo soy de allí.

—¡Jacqueline! —Casi gritó una voz.

Debí decirle que yo, desde luego, no era Jacqueline. Que entre ambos, sin duda, existía una gran diferencia.

No sé por qué diablos me mantuve en silencio. Y como el que calla otorga, o al menos eso dicen, el que se encontraba al otro extremo del cable, allá en Baltimore, juzgó que yo era ella.

—¡Jacqueline! —repitió—. Jane está muerta. El infarto de miocardio que habíamos previsto. Mañana llegaré a Casablanca para recogerte. ¿Está preparado lo de James?

Tenía que responder.

—¡Eh, amigo! ¿Por quién pregunta?

Al oír una voz masculina, el que no parecía estar demasiado triste por el hecho de que la tal Jane se hubiese largado al otro «barrio», debió quedarse de piedra porque no percibí ni su respiración.

Ben Stone me miraba con las cejas arqueadas.

—¿No es ésa la habitación cuarenta y siete del «Hotel Marhaba»? —me preguntó el de Baltimore agitadamente.

Largué una risita breve.

—Es la treinta y siete, amigo. Me llamo Frank Caudett. Le acompaño en el sentimiento por lo de Jane.

Y así de tranquilo, colgué.

—¿Por quién pedían? —se interesó Ben.

Cuando había rabotado en el fondo de un mullido sillón de espuma, le contesté:

—Por una preciosidad llamada Jacqueline a la que quieren darle la noticia de que Jane está
R. I. P.

Ben Stone soltó un respingo mirándome con extraña expresión.

—Jacqueline… —murmuró—. ¿Habitación cuarenta y siete?

El sorprendido fui yo.

—Despacio, adivino, ¿cómo lo sabes?

—¡Porque en esa habitación de éste hotel se hospeda una mujer llamada Jacqueline Cauntet a la que yo!

—¡Ja! —le interrumpí—. Sin prisas, «tenorio». Me lo trago. Tienes libre acceso a esa habitación, conoces a la niña, etc., etc.

Pero Ben estaba muy serio.

—No me ha hablado de ningún familiar suyo que se llame Jane —dijo pensativo.

Saqué mi pitillera. No podía fumar demasiado a consecuencia de una pesada úlcera pilórica que me venía fastidiando desde dos años atrás. El galeno estaba harto de recomendarme que sólo fumara tres pitillos al día y con el estómago lleno.

Ahora lo tenía vacío… Pero empecé a meterle humo.

—Comprendo el error —musité, expulsando una bocanada.

Stone seguía serio. ¡Mira que ir a preocuparse porque se hubiera muerto Jane! Con la de gente que se muere cada día.

—No te entiendo. ¿Qué error?

—Estás lento de reflejos, periodista —le dije—. Un tipo llama desde Baltimore, pide por la señorita Cauntet que se hospeda en la cuarenta y siete del «Marhaba». La telefonista confunde Cauntet con Caudett, entiende treinta y siete por cuarenta y siete, me pasa a mí la comunicación… ¿no es lógico la equivocación?

Stone no tragaba.

—¡Pero yo conozco a la chica! A fondo, palabra. Nunca me ha mencionado a su «tía» Jane.

¡Diablos!, qué mal gusto tenía aquel tabaco.

—Periodista truculento —solté—. ¿Por qué había de mencionarte Jacqueline a su «tía» Jane? Los… enamorados se hablan de otras cosas, no dé sus «tías» precisamente. ¿O estoy en un lapsus?

Ben Stone seguía mostrando una expresión extraña y preocupada que yo no le conocía.

—Estás en «offside» —soltó de repente. «Expresión futbolística que, aplicada al caso, podía traducirse como: estás fuera de lugar». Y agregó—: Es una chica rara, Frank. Jacqueline es una mujer extraña.

Y a mí, ¿qué?

—¿Qué tal está? —pregunté no obstante, porque considero un deber de urbanidad interesarse por el estado de las «amigas» de mis amigos—. ¿Bien?

Stone se mesó los negros y espesos cabellos. Nada, que el tío estaba preocupado por algo que ni le iba ni le venía.

—Fabulosa —pareció que mordiese la palabra. O imaginaba que la estaba masticando a ella. Repitió, por si no me había enterado—: ¡Fabulosa!

Correcto. Me he tropezado con doscientas mujeres fabulosas en doscientos lugares distintos. La cosa no era para rasgarse las vestiduras.

—¿Te preocupa la muerte de esa desconocida, te enfada el que llame a Jacqueline un desconocido… o qué diablos es lo que te pasa?

Ni él mismo lo sabía. Hizo un gesto ambiguo.

—No sé… —titubeó—. ¡Voy a subir a su habitación!

No había terminado de decirlo cuando oí el portazo.

Yo, apagué el pitillo. Me eché encima de la cama y clavando los ojos en el techo traté de pensar algo con un poco de lógica. Necesitaba un buen argumento.

Algo para escribir. Porque si seguía mucho tiempo mano sobre mano, cuando se acabaran los ahorrillos, no podría fumar a causa de dos conceptos.

Uno: estómago permanentemente vacío, cosa que le sentaría fatal a la úlcera. Dos: ni un centavo para comprar tabaco.

Eso es lo malo de quienes vivimos y comemos tres veces al día gracias a ustedes los que leen. Si la fuente de inspiración seca el ceño por donde chorrean los argumentos, está uno listo.

Ben Stone no me dejó pensar… ¡con lo necesitado que yo estaba de eso! Tres minutos después, como una bala, cruzó a la puerta de mi habitación.

—¡No está! —exclamó—. ¡Me han dicho en recepción que ha pedido la cuenta y se ha marchado del hotel!

—Pues lo ha hecho de prisita —comenté sin demasiado entusiasmo—. La llama el fulano, le comunica que Jane…

¡Con qué rapidez brinqué de la cama al suelo!

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Ben, al observar la expresión de mi rostro.

Me quedé quieto. Mordiéndome el labio inferior.

—Hombre… como pasar, pasar, lo que se dice pasar, no pasa nada. ¿Está preparado lo de James?

Stone me miró de través.

—¿Te has vuelto idiota, Frank, o lo has sido siempre? ¿Quién demonios es James?

—Eso mismo me estoy preguntando yo.

Ben alzó uno de sus poderosos puños.

—¡Suelta la lengua, escritor barato! ¿Qué estás tratando de decir?

Me hice eso que llaman él «sueco».

—Nada, Pensaba que aunque Jacqueline no te haya hablado de su «tía» Jane… podía haberte mencionado a su amigo James.

Stone se vino hacia mí. Y con mala cara.

—¡Retorcido Frank Caudett!, ¿qué insinúas? Cambié lo de «sueco» por «holandés».

—Yo nada. El fulano de Baltimore ha preguntado si lo de James

estaba preparado. Me lo ha dicho a mí, pero quería preguntárselo a tu amiga Jacqueline. Por eso supongo que ella, James y tú, tenéis…

—¡Tengo que encontrarla! ¡Antes que se largue de Casablanca!

—¿Cómo sabes que va a irse de Casablanca? —le pregunté.

—No sé…, pero lo presiento.

Y otra vez, igual que antes, salió de estampida.

—¡Buf! —Soplé, tirándome de nuevo encima del catre.

Ben Stone, menudo torbellino de tío. Díganme a mí qué demonios le importaba que Jacqueline se fuese, que la llamasen de Baltimore, que tuviera otro amigo llamado James… ¿no has pasado unos ratitos agradables con ella? Entonces, ¿qué más quieres? ¡Déjala que se largue adonde le dé la gana, tío «lila»!

Búscate otra, de cara al grano, listo y a por la siguiente.

Bueno, yo, que no buscaba a ninguna porque no tenía ganas de historias, me lié a pensar.

Nada.

Al mediodía, después de comer y de haberle indicado al camarero que le dijese al cocinero que yo debía seguir un régimen severísimo en el plan alimenticio, salí del hotel camino del primer cine que se presentara ante mis ojos.

La primera película fue el tostonazo padre, de la segunda no me enteré.

¿Cómo…? ¿Que si dormía? ¡Ca! Ni hablar. Menudo plan el que se presentó a domicilio. Se llamaba Güicha. Era marroquí. Estaba como un expreso Baltimore-Nueva York. Se sabía el «reglamentó» de memoria.

¡Y los ojos! ¡Qué maravilla, amigos! Grandes, redondos, verdes, brillantes…

Sin comentarios.

Quedamos en vernos dos horas cada noche.

Regresé al hotel y me tropecé con un Stone agitado que parecía esperarme.

Paseaba por el vestíbulo como una fiera enjaulada.

—¡No ha salido de Casablanca! —soltó a voz en grito nada más verme—. ¡Está aquí! ¿Dónde? ¡Tienes que ayudarme a buscarla!

Y un borrego negro con patas rubias. Cada perro que se rasque sus pulgas. La amistad a un lado, que yo necesitaba mi tiempo, dos horas largas que podrían ser tres o cuatro, para compartirlas con

Güicha en una serie de juegos morunos que ella había prometido enseñarme.

—¡Ni hablar de la peluca, moreno! —exclamé muy serio—, allá tú con tus líos.

Stone me trincó por un brazo.

¡Qué pedazo de bestia estaba hecho! ¡Y qué fuerza de animal tenía aquel muchacho!

Tras zarandearme a lo largo y ancho de todo el vestíbulo me convenció sobradamente para que le ayudase a buscar a Jacqueline.

¡Jacqueline de todos los diablos!

Claro que, antes de que Stone me rompiese un brazo, preferí ayudarlo a buscar una aguja entre cien kilos de paja.

Lo sentí por Güicha… ¡ambos hubiésemos aprendido tanto! Ya se sabe, al emplearse distintos idiomas.

Ben Stone, se metió de lleno en el «ajo». Sí, señor. Y yo, que lo seguí bastante de cerca, encontré el tan buscado y cacareado argumento.

Uno ya está acostumbrado a que el cerebro suelte el chispazo de la forma más inverosímil.

Valió la pena ir con Stone. ¡Vaya que sí!

Las cosas se desarrollaron de una forma extraña…

CASABLANCA: RESUCITA UNA MUERTA

En marroquí, Dar el Beida (La Casa Blanca), tiene una superficie igual a la de París; su población se ajusta a los
860 000
habitantes. Su puerto ocupa el primer lugar con respecto a las instalaciones portuarias de África en el océano Atlántico.

Casablanca.

No deja de crecer, asombra por su actividad de ciudad febril e industrial como pueda serlo una de Europa o América. Edificios modernos construidos según las normas de la nueva arquitectura, se alzan en medio de construcciones que evocan un pasado al mismo tiempo cercano y anacrónico. El parque de la Liga Árabe, con sus anchas avenidas, dota al centro de la ciudad de un extenso campo de verdor.

El mar, ¿cómo no?, ofrece también sus placeres. En especial las playas instaladas sobre la cercana costa, entre las que destaca Ain Diab al pie de la colina de Anfa.

Allí están las hermosas fincas de recreo y los palacetes, rodeados de una gama extraordinaria de colorido en la que intervienen árboles y flores.

Más allá, camino de las arenas de la playa, destacan maravillosos «*bungalows*», rutilantes «cottages».

Como en todas partes, el amor, ¿qué duda cabe?, traza el curso de la historia. ¿Y qué mejor que la intimidad de un «*bungalow*» para un romance de amor?

Eso mismo opinaba James Coob.

* * *

Lo iba pensando por el camino.

Jacqueline Cauntet —eso lo supuso James—, también estaría pensando lo mismo allá en su solitario «*bungalow*».

Lo maravilloso del arrullo de las olas del océano; lo nostálgico de una vieja melodía.

Cadenciosa. Lenta. Suave.

Nat «King» Cole… Harry Belafonte, sí, era lo apropiado. Las voces románticas, gangosas, casi podía decirse que tradicionales.

¿Y lo sabrosón del agitado merecumbé?

Al fin y al cabo, todo era bailar. ¿No? Todo era soledad entre un hombre y una mujer.

¡Qué demonios! Lo que debía ser.

Todo era noche y quietud. Silencio, arena y agua.

Amor. Mucho, amor. Grandes cantidades de amor.

Sí, James se dijo que todo era una verdadera suerte.

Conocer vina muchacha como Jacqueline. Eso, allá en Baltimore. Conseguir enamorarla a las primeras de cambio, recibir el apasionado ósculo de sus labios sin tan siquiera buscarlo, oírla pronunciar:

«James, amor, debo ir a Casablanca. Tengo contrato con una productora francesa para rodar un film en Marruecos. No quiero irme sin ti. Ven… ¡te lo suplico! No puedo vivir sin tu amor, allí, estaremos solos. Muy solos, James…».

Una mujer fuera de serie.

Una mujer que podía tener cuanto se le antojase, rendir hombres, convertirlos en esclavos de sus más nimios caprichos… ¡y le rogaba su amor! Una mujer de ese temple, de ese calibre, no se ofrecía al primer desconocido que se cruzara en su camino… so pena de que estuviese locamente enamorada de él.

James Coob.

Ella, estaría con el mismo vestido de la noche anterior. Y él, tendría que ponerse el mismo traje que la víspera.

O sea, como la noche anterior.

James pensó también que estaba deseando besarla. Y supuso que ella estaría ansiando besarle a él.

En resumen: Toda esa serie de rosados y burbujeantes pensamientos fueron la consecuencia de que James Coob pisara de firme el acelerador de su magnífico «Zéphir» blanco y negro.

Aplicó los frenos con brusquedad cuando comprendió que la arena, en adelante, dificultaría el rodaje.

¿Habría ido a bañarse mientras lo esperaba? Sí, lo mismo que las noches anteriores.

James saltó del auto sin abrir la portezuela —por eso le había

pedido a mamá Jane que se lo comprara descapotable—, movimiento que tenía su «caché» y quedaba muy «chic» cuando había nenas a la expectativa.

Luego, hundió los pies en la arena y caminó por la silenciosa línea que separaba el agua de tierra.

Al fondo, algunos barcos que se perdían por el horizonte simulando caer en otro océano profundo y sinfín, dejaban reverberar por unos instantes, antes de desaparecer definitivamente, sus multicolores luces de situación encima del agua.

Al otro lado, a su derecha, lejos, muy lejos, lejísimos, se veían brillar las luminosas señales que delimitaban la posición de dudosos moteles, de chalets, quintas de recreo y varios «*bungalows*» diseminados a lo largo y ancho de la playa.

Ninguno como el que Jacqueline había rentado.

Rozando el océano. Solitario, apartado del mundo.

Sí, seguro que estaría bañándose. Y eso, ¡vaya que sí!, fastidiaba a James. Porque le tocaría aguardar hasta que ella se cansase de nadar.

¿Y lo hermosa que regresaba luego? Húmeda, broncínea, brillante, fantástica… ¡como una sirena!

La puerta de troncos y ramajes estaba entreabierta.

James prendió un cigarrillo lanzando la primera bocanada de humo hacia el océano. Con la insolencia de un infantil desafío. Luego, prestó atención a la blanquecina espuma que venía a morir cerca de sus zapatos.

Era bonita el agua… ¿por qué no?

Bueno, también le habían dicho a él algunas «nenas» que era muy lindo.

¡Bah!, eso sí que le reventaba.

Sin embargo, cuando le decían que era igualote que James Bond… ¡sopla!, eso sí que le gustaba.

Había visto todas las películas del 007 un montón de veces. En sus ratos libres, delante del espejo, ensayaba las sonrisas del superagente, sus gestos, sus expresiones burlones, sus rictus escépticos y cínicos… ¿aumentaba así sus ya nutridos atractivos varoniles?

¡Ca! Eso era plagio.

Uno necesitaba personalidad. Mirar con su estilo, reír a su manera, ser cínico con su sello especial, amar… ¡je!, todo con estilo

propio.

¡Al diablo James Bond!

Y el estilo que él, James también, pero Coob de apellido, estaba empleando con Jacqueline, ¿qué?

¡Inmejorable! ¿Verdad?

¡Pero le fastidiaba enormemente que estuviese bañándose cuando él llegaba!

Porque James llegaba ávido de caricias, de besos… en fin de toda esa serie de detallitos sin importancia.

Ya se sabe.

Bueno, ¡qué remedio!, se tomaría un *whisky*.

No, no. Se tomaría dos, que al fin y al cabo, era lo mismo que uno doble.

Las luces estaban encendidas.

Dentro debía reinar el ordenado desorden que contribuía a salpicar el ambiente de picardía y gracejo. Prendas íntimas y transparentes tiradas por aquí y allá, almohadones morunos, paquetes de cigarrillos, fundas de discos esparcidas por el suelo…

¡Ya estaba! Se tomaría el *whisky* doble y pondría aquel disco de Harry Belafonte que tanto le gustaba a Jacqueline.

«Banana Boat».

Entró, cruzando la entreabierta puerta de troncos y ramajes.

En efecto, el desorden esperado…

—¡Santo Dios!

James Coob se quedó clavado en el umbral.

Atónito. Inmóvil. Estupefacto.

Horrorizado.

Jacqueline Cauntet no había ido a bañarse como la noche anterior. Tampoco llevaba el mismo vestido.

Ahora iba con ropa.

Y estaba metida en el interior de un ataúd.

—¡Hay mi madre! —exclamó sin moverse, escapando de entre sus dedos el cigarrillo—. ¿Qué significa…? ¡Jacqueline! No seas macabra, no me gastes esas bromas… mira que yo soy muy impresionable, que estoy muerto de miedo… ¡Jacqueline!

No. No contestaba.

Qué severo el ataúd. Flanqueado por los cuatro estirados cirios. Depositado en tierra sobre la estera de junco que cubría el suelo del

«*bungalow*».

Obvio que Jacqueline Cauntet no era macabra ni tampoco estaba gastando bromas de ninguna clase.

Simplemente… ¡estaba muerta!

¿Muerta?

—¡Por favor, Jacqueline, levántate de ahí dentro!

No. No podía hacerlo.

James Coob estaba convertido en un montón de huesos temblorosos. Desde luego que Bond no hubiese reaccionado así. Pero él, Coob, sentíase invadido por un pánico cerval.

Hablaba sin saber lo que decía.

Trataba de reunir fuerzas suficientes para salir de allí corriendo, volando, arrastrándose sobre la arena, si era preciso.

Sus hermosas gracias físicas tan pálidas ahora; su cuerpo flexible y armonioso tan siniestramente rígido; sus ojos inquietos y vivaces tan inmóviles y vidriosos…

—¡Soc… socorro!

Al fin, sin darse cuenta cómo, consiguió salir del «*bungalow*».

Enloquecido.

Corriendo torpemente por la arena y trabándose sus pies en ella hasta hacerle caer una y otra vez.

Huir.

Parecía como si el ataúd corriera por delante de sus ojos, que ella lo mirase acusadoramente con el par de vidriosas pupilas, que alzase su cabeza.

¿Dónde había dejado el coche?

Un ronco jadeo empezó a brotar de su pecho y la respiración alterada se hizo ruidosa, sonora como un quejido.

¡Maldita suerte cien mil veces! ¿Y el coche?

Cayó, extenuado, arañando la arena desesperadamente. Estrujándola entre sus dedos.

Roncando como un animal herido, jadeante lo mismo que una bestia, escupiendo los granos terrosos que se le pegaban a la lengua.

Víctima de una histérica excitación, crispados los puños y machacando la arena con ellos hasta perder las fuerzas, desplomándose al fin, inerme, sobre aquélla… vencido, fracasado en la huida de su propio miedo.

Ignoraba el tiempo que había transcurrido desde el momento en

que descubriera el siniestro ataúd hasta aquél en que alzó, los llorosos ojos salpicados de arena.

¡El coche! ¿Pero…? ¡Si lo tenía a un paso!

Maniobró febrilmente su cuerpo saltando hacia delante como si acabaran de inyectarle muchos centímetros de algo estimulante.

Brincó por encima de la portezuela.

Accionó los mandos. Presionó la llave del arranque.

—¿Ya te vas, amor?

La cabeza de James giró veloz hacia la izquierda al tiempo que sonaba el grito en su garganta:

—¡Nooooo!

Jacqueline Cauntet estaba allí.

Apoyada contra la carrocería del coche con invitadora indolencia Desbocándose todo lo imaginable…, y más.

Moviendo los ojos con la viveza y agilidad que ella sabía darle. Ondulante su cuerpo flexible como las serpientes lo hacían sobre las arenas del desierto.

Una serpiente de la playa.

Sí, eso era ella.

¡No! ¡Estaba muerta!

Sonreían sus labios con toda la roja sensualidad que sabían ofrecer. Le caía sobre los broncíneos hombros la húmeda y negra cabellera…

¡Llena de vida!

James Coob estaba quieto, hipnotizado, lo mismo que si sus centros nerviosos se hubiesen paralizado indefinidamente.

Trató de articular, sin apenas aliento.

—¡No! ¡Vete! ¡Tú estás muerta! ¡Yo te he visto en él…!

Se cortó la voz bruscamente. Quiso llevar ambas manos al pecho.

—Soco… rro —musitó al acometerle un estertor—, me mue…

Cayó la cabeza encima del volante.

Chasquido ahogado. Macabro.

James Coob estaba muerto. Sin ataúd. Sin resucitar.

Casablanca: un Resucitado Vuelve a Morir

Boulevard Sidi Mohamed Ben Abdellah, 4. Un estupendo edificio cuya azotea saluda desde cerca al cielo y se tutea con la cuádruple vertiente de tejas que muestra orgullosamente una cercana mezquita.

La escalera estaba totalmente alfombrada.

Los pasos, sobre el tupido y esponjoso espesor del nylon, quedaban ahogados, reducidos a un
«top-top»
silencioso y discreto.

Pero ahora, al deslizarse por encima de la alfombra el grueso tacón de aquellos zapatos negros, provistos de un doble recauchutado, hasta el «top» moría sin apenas nacer. Rozando el empeine del calzado caía un pantalón sin dobladillo del mismo y oscuro color.

Negra era la chaqueta.

Y también el gabán que a modo de capa llevaba el tipo sujeto sobre los hombros.

Dejó el tercer rellano en su silencioso ascenso, internándose por el primer pasillo de aquél y torciendo luego a la izquierda para seguir por otro corredor de iguales características al que asomaban puertas con números, letras y signos.

Se detuvo frente a una de las numeradas hojas y la empujó.

Abierta. Como esperaba.

—¡Jacqueline!

Un silencio mientras cerraba la puerta.

—Estoy aquí, amor.

Ella le salió al encuentro. Más hermosa que nunca. Más explosiva que nunca.

Menos vestida que de costumbre.

—Jane Mayer, viuda de Henry Coob… ha muerto. ¡Mi papel de Henry Coob resucitado fue extraordinario!

Una excitante sonrisa apareció en los femeninos labios.

—James Coob, hijo de Henry Coob y Jane Mayer, ha muerto.

Estallaron ambos en sarcásticas carcajadas.

—¿Por qué no me llamaste ayer como habíamos convenido? —inquirió Jacqueline, cesando en su diabólica hilaridad.

El hombre movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Lo hice, cariño. Pero la telefonista del «Marhaba» se equivocó Puso la comunicación con el cuarto treinta y siete. Un error lógico. Fácil de confundir el número y tú apellido con el tipo que se alojaba en ella. Un tal Frank Caudett.

—¿Por qué no volvistes a llamar?

—Temí que alguien escuchara. Teniendo que reunirnos… ¿Tienes el certificado de matrimonio?

—Sí, Earl. Todo ha salido como lo planeaste. ¡Eres el hombre más inteligente de toda la tierra!

Se acercó más hacia él para ordenarle con los ojos que la besara. Lo hizo.

—¡Amor, eres fantástico!

La enlazó por el talle, que la breve prenda transparentaba con nitidez al igual que lo demás, y caminaron hacia el interior del apartamento.

—¿Te das cuenta, pequeña?

Se había dejado caer en una butaca cruzando las piernas con algo más que negligencia. Eran bonitas. Largas. Bien formadas.

—Sí, querido. Dos crímenes en pocas horas, a miles de quilómetros el uno del otro, sin rastros, sin pistas, sin criminales. ¡Maravilloso, Earl!

Se despojó de la incómoda capa tirándola encima de una silla.

—Una vez entres en posesión de la herencia venderemos los pozos a cualquier compañía petrolífera y huiremos al más ignorado rincón del mundo.

—¿Y si alguien sospecha lo de la boda?

Sonrió el hombre despectivamente.

—Ni lo piense. La única que podría sospechar…

Le interrumpió una voz al decir a su espalda:

—¡Soy yo!

Earl Speidel giró bruscamente. Sus facciones mudaron de color en cuestión de segundos. Pareció que los ojos se le inyectaban en sangre asomando feroces al borde de las órbitas.

«Soy yo», empuñaba una pavonada automática que miraba

desde el oscuro ojo del cañón, en línea recta, hasta el entrecejo del hombre.

—¡Tú! —exclamó hierático—. ¡Tú lo has planeado todo! ¿Verdad?

—Exacto. Yo lo pensé todo. Incluido tu muerte… resucitado.

Jacqueline no se había movido. Observaba la misma posición sentada con displicencia en la butaca.

Sonreía. Pérfidamente. Con crueldad.

Por el rabillo del ojo tropezó el hombre con la aviesa sonrisa de ella. Eso le hizo comprender en segundos que había sido una víctima propiciatoria de sus propios proyectos.

Ello lo insinuara, ella le ayudó a realizarlo, ella estaba de acuerdo con el otro cerebro. Inesperado. Inconcebible.

¡Puerca! Con sus encantos. Con sus apasionadas entregas. Usando de su cuerpo sin escrúpulos.

¡Idiota! El, él que había probado la fruta. El que se había dejado enloquecer, engañar.

El, que había sido instrumento en manos de ella y de quien ahora le apuntaba con una negra automática.

—¿Vas a matarme?

Sonrió quien lo estaba encañonando.

—Por supuesto, inteligente doctor Earl Speidel…, y terrorífico encarnante de Henry Coob resucitado.

Earl, giró para mirar a Jacqueline.

—¡Asquerosa traidora! —Le escupió con desprecio.

Ella, sonrió burlona y excitante.

—Compréndelo, querido. Eres demasiado maduro para mí. Con dinero… ¡mátalo de una vez!

Saltó el hombre hacia delante cuando Jacqueline se interrumpió para lanzar aquella exclamación que se adivinaba sentencia.

—¡Maldita puerc…!

El doctor Earl Speidel se quedó en el aire con dos balazos clavados en el entrecejo.

Tardó un par de segundos en caer a plomo rebotando sonora y macabramente en el suelo.

—¡Pobre estúpido! —murmuró la voz del asesino.

—¡Millones de dólares! —exclamó seguidamente Jacqueline—. ¡Sólo para repartir entre dos!

—¡Date prisa! —la conminaron—. Nuestro vuelo sale dentro de una hora. ¿Tienes el certificado de matrimonio y el de defunción?

—Todo. En orden y preparado.

—¡Andando, pues! ¡Terminemos de una vez!

Un par de minutos más tarde, dos personas abandonaban el suntuoso vestíbulo del edificio que en el *boulevard* Sidi Mohamed Ben Abdallah, ostentaba el número 47.

Tres capítulos en uno

LA Perseverancia de un Periodista

Hassan Nabig era de esa clase de tipos que existen en todas las ciudades del mundo, en los barrios bajos, en los bajos fondos, en el hampa, en el llamémosle como sea, que todo lo saben.

Hassan Nabig vestía chilaba con ribetes de oro y se tocaba con un tarbuch de color rojo con borla verde. Su rostro era el del color de las aceitunas, sus ojos negros y diminutos, su bigote espeso y poblado, el rictus de sus facciones avieso y cruel.

Un mal bicho en líneas generales.

Regentaba un tugurio llamado «Kanguei» en el que podía fumarse «griffa», «kiffi», tirar de «arguila» por todo lo alto, encontrar compañía que se ponía el vestido después de terminar…

El antro hallábase ubicado en el bulevar Omar el Idrissi, muy cerca de la carretera general Casablanca—Rabat.

Ben Stone traspuso la sucesión interminable de cortinas tupidas de variado colorido que separaban la puerta de la calle del salón central.

Hasta allí, correcto.

Mesas al estilo europeo y otras de toque moruno. Parejas de turistas que se comportaban como les daba la gana, cosa lógica, ya que se hace fuera de casa lo que no nos consienten en la nuestra, algún que otro sultancillo de poca monta… ¡que para ser de poca importancia tenía sus nueve o diez mujeres!

Stone dio un vistazo dirigiéndose a las últimas cortinas, azules, que se veían al otro extremo del salón.

De repente se tropezó con una bestia de dos patas que le

aventajaba en altura y anchura de hombros.

Un perfecto eunuco.

—¿Dónde vas, extranjero?

Ben estaba muy nervioso. Estaba obsesionado con la búsqueda de Jacqueline. Ben estaba convencido de que algún misterio giraba en torno a una llamada telefónica que había oído quien no tenía que escucharla.

Y Ben, estaba en posesión de un cinturón de judoka… cuyo color sigo sin recordar.

El caso es que Ben Stone se dobló por la cintura como si fuera de goma arreándole al eunuco un trallazo en mitad de la boca del estómago que lo levantó en el aire y lo catapultó contra la pared más próxima.

Luego, pasando por encima de la bestia de dos patas que se retorcía en el suelo dolorosamente, siguió adelante por un estrecho pasillo.

Pasó de este pasillo a otro, luego a otros, siguiendo una especie de laberinto que, a juzgar por la facilidad con que se desenvolvía dentro de él no le era desconocido, y así hasta alcanzar el corredor y la puerta que buscaba, la cual abrió de un soberano patadón.

Hassan Nabig llevaba chilaba de color… bueno, eso ya quedó dicho antes. Pero hay que decir la cara que puso el del sombrero con rabo cuando vio irrumpir en su despacho particular y privado, con tal violencia, al conocido periodista americano Ben Stone.

Nabig, pese a que los orientales no suelen manifestar externamente sus sentimientos ni pasiones, contrajo los músculos faciales de su aceitunado rostro al tiempo que tiraba con furia de las guías de su bigote.

—¡Lárgate!

No. Eso no se lo dijo al periodista. No porque le faltaran ganas, sino porque lo sabía muy capaz de romperle todos los huesos en treinta y cuatro segundos de cronómetro.

La que se largó, obvio es señalar que vistiéndose por el camino, fue la mujer que endulzaba los ratos de ocio del mal bicho propietario del local.

Ben, con igual desenvoltura que si se encontrase en la redacción de su periódico en el mismo Baltimore, se acercó a la mesa que ocupaba el marroquí.

—Quiero un informe.

Nabig cuadró las mandíbulas.

—No son formas de entrar en mi casa.

Ben, insisto, estaba muy nervioso.

—Me importa una docena de rábanos, Hassan.

El marroquí se puso en pie.

—Ya no vendo informes.

Stone se pasó una mano por los cabellos. La derecha. Con la zurda le sacudió un tortazo en mitad de la boca que se llevó a Nabig hacia atrás con sangre en los labios y un diente de menos.

—¿Te convences de que debes proporcionarme informes? ¿Estás persuadido de que debes dármelos gratis? ¿Estás seguro de que te voy a romper esa sucia cara de sucio moro que tienes?

Hassan Nabig se incorporó con dificultad.

—Es la segunda vez que te pones tonto —siguió Ben, mirándole con peligrosa ominosidad—. Hace tiempo que te pasaste a la competencia, ¿no?

Nabig, guardando una distancia más que prudencial, inquirió:

—¿Qué quieres saber?

Stone soltó una sonrisa bronca.

—La mujer se llama… o me ha estado diciendo que se llama Jacqueline Cauntet. Se hospedaba en el «Mar—haba», lo mismo que yo, habitación cuarenta y siete. Yo subí con frecuencia a esa habitación, ayer por la mañana recibió una llamada desde Baltimore que, por error, le fue pasada primero a un amigo mío que también se aloja en ese hotel. Luego de la llamada desapareció…, pero no ha salido de Casablanca.

Nabig se mantuvo unos instantes en silencio.

—Sé cuánto me has dicho.

Ben, con brillo ominoso en la mirada, dio un par de pasos hacia el tipo de los mostachos espesos.

—¡Por Alá! ¡Ten calma!

Detuvo su avance el periodista. Instó:

—Suelta de una vez tu podrida lengua, moro de todos los diablos.

Nabig sabía que si tardaba mucho en hablar, sus mujeres no iban a reconocerle luego so pena de que mostrase documentos acreditativos o les dijera en qué lugar tenían los lunares.

Habló a lengua llena y húmeda, Jacqueline Cauntet entró en Marruecos con pasaporte falso…

Stone soltó el bufido más sonoro que había exhalado en su vida.

—¡Qué! —Tralló—. ¿Estás seguro de eso?

—De sobras sabes que hago investigar a todo el que entra y sale de Casablanca Su verdadero nombre es Martin Himble. Norteamericana, de Nueva York. Llegó aquí acompañada de un individuo llamado James Coob con el que se veía cada noche en un «*bungalow*» que ella había rentado en la playa de Ain Diab, además, como Margaret Sorgent, alquiló un apartamento en el número 47 del Boulevard Sidi Mohamed Ben Abdallah. Y como Jacqueline, ya lo sabes, se hospedaba en el «Marhaba» y te dejaba que la amaras cuando estaba libre de James Coob… ¡ah!, James Coob ha sido encontrado muerto esta mañana en la playa de Ain Diab dentro de su propio automóvil. Infarto de miocardio. Por último, amigo periodista, debes saber que Jacqueline, Margaret, Martina Himble, en realidad, ha salido de Casablanca en un avioneta particular que fue fletada por una persona desconocida, mujer, eso sí lo sabemos, que llegó pocas horas antes procedente de Baltimore en vuelo regular de
T. W. A.

Ben Stone se mostró confuso, atónito, desconcertado y un sinfín de cosas más.

No. No podía dudar de los informes de Hassan Nabig. Sabía por experiencia que las fuentes de información de aquel bicho eran de lo más fidedigno que pudiera encontrarse en todo Marruecos.

Jacqueline, su amiga de última hora, con más nombres que el hampón mejor calificado de Chicago. Enredada con un tipo llamado Coob. Con otro que la llamaba desde Baltimore diciendo que Jane estaba muerta. ¡James! Eso había preguntado el fulano…, «¿está preparado lo de James?».

Ahora, ¿qué? Ella se había largado. Él no lo había pasado mal con ella, ¿qué rayos le importaba a él…?

Podía tratarse de un buen artículo, ¿por qué no?

Obvio que la conducta de Jacqueline o como rábanos se llamara no estaba nada clarita.

—¿Dónde ha ido, Nabig?

—A Baltimore.

Ben Stone no preguntó más.

Se largó con la misma tranquilidad que entrara dejando a Hassan Nabig con los labios sangrantes, un diente menos y un guardaespaldas bastante «estropeado».

* * *

Yo me había esperado fuera.

En un bar que se ubicaba frente al «Kanguei» y donde la gente parecía bastante pacífica a pesar de que la mayoría eran moros.

Un tío que decía ser capaz de encantar diecisiete serpientes a la vez trató de encantarme a mí al tiempo que deslizaba su mano izquierda hacia el bolsillo trasero del pantalón para «soplarme» la cartera.

Le soplé yo los morros con cierta violencia.

Entonces entró Ben Stone y ahí se acabó la fiesta.

—¡Eh, lumbrera!, ¿no tienes una úlcera?

Solté una risita de conejo.

—Correcto. Y para puntualizar, en medicina, ulcus pilórico. ¿Satisfecho?

—Tragas *whisky* como una esponja.

—Tiene su explicación —le respondí—. Y era verdad. Me estimula y da fuerza a mi corazón, antes recurría a la simpatina o a otra clase de estimulantes, ahora, aunque perjudique un poco el estómago… ¡bueno, qué narices importa eso! ¿Qué te ha dicho el tipo ese?

Me lo contó mientras se hacía servir una buena dosis de mi sedante cardíaco.

«Menudo taco —me dije para mis interiores, escuchando sus palabras con atención—, menudo taco. ¡Frank, argumento al canto! ¡Ah!, te lo has ganado muchacho».

—¿Qué opinas de todo esto? —me preguntó Stone cuando hubo concluido su explicación.

—Huele a podrido, pestoso, huele…

—Eso ya lo he leído en tus novelas.

Encogimiento de hombros por mi parte.

—Correcto —y forcé una expresión severa—. ¿Sabes qué te digo…? Que a mí, este asunto, no me va ni me viene, a ti

tampoco… pero simplemente, en lugar de meterte a investigador que no es lo tuyo, podrías largar un medianejo artículo y listo. ¿Qué te importa a ti Jacqueline, James, Jane…? Yo, Ben, me largo esta misma noche a seguir mi ruta turística, de Casablanca a Azemmour, a El Jadida, Safi, Essacuira, Agadir, Mogador…

—¡Estúpido! ¿No te das cuenta de que puedo proporcionarte un argumento…?

—¡Nanay! —exclamé, dándole la razón mentalmente.

Dejé un billete encima del mostrador y antes de que Ben Stone se percatase, desaparecí del bar.

No. No iba a largarme de Casablanca. Sólo pretendía que mi amigo Stone me supusiera lejos para poder seguirle, y lograr llenar cuartillas.

Yo ya había atado algunos cabos.

* * *

Ben Stone también los ató. Y con mucha lógica.

Todo había empezado con una llamada telefónica que por error habíase pasado a la habitación treinta y siete en lugar de a la cuarenta y siete.

La telefonista empezaría también a desenredar la madeja.

La telefonista además de todo eso era de aúpa. La citada joven, Stone no se había dado cuenta hasta entonces con tanto tiempo que llevaba hospedado en el «Marhaba», era norteamericana de América del Norte.

Sin guasa. Porque hay algunos que corren por el mundo diciendo que son del país del dólar y es un cuento como una catedral.

Se llamaba Maida Cosby.

Ella ya había observado a Ben muchas veces. ¡Eran tantas las mujeres que se fijaban en él!

Maida estaba muy rellenadita. Lo cual se ponía de manifiesto porque al tener la cintura tan estrecha lo demás resaltaba, en plan sobresaliente y con diploma, puntiagudamente hacia delante. Y se desbocaba por encima, con ligereza, porque la tela blanca tenía menos botones de los necesarios.

Be ojos, terrible. Verdes violeta. Grandes, brillantes y profundos,

de boca, para morirse. Unos labios húmedos tan rojazos como la grana que despertaban unas ganas enormes de…

S. C. (Sin comentarios).

—¿Recuerdas la llamada desde Baltimore a que me refiero?

Maida, con prudente recato, trató de evitar desbocamientos de última hora.

—Sí. Hubieron dos ese día.

Stone soltó un respingo. Siempre le sucedía eso cuando escuchaba algo que le causaba sorpresa.

—¿Dos?

Maida torció deliciosamente los hociquitos.

—¡Uhú! Lo recuerdo perfectamente porque una fue para la habitación treinta y siete y la otra para la cuarenta y siete. Casual, ¿eh?

¡Y tanto!

—¿Cuál pasaste a una habitación y cuál a la otra?

—Deja que haga memoria.

Ya se tuteaban. Eso es lo bueno de los hijos del Tío Sam, se conocen hoy, se besan cinco minutos después, se casan dos días más tarde… o es igual, sin casarse…

—La primera la pasé a la treinta y siete…

—Correcto —la interrumpió Ben—. Era voz de hombre la que llamaba, ¿no?

—¡Uhú! La segunda la pasé a la cuarenta y siete. Era voz de mujer hablando con otra mujer…

Ben soltó entonces una de esas preguntas que se formulan sin saber exactamente por qué.

—¿Cuánto te pagan aquí?

—¿Traduzco en dólares?

—Traduce.

Sonrió ella perversamente.

—Trescientos mensuales…

—Te doy quinientos, Maida.

Lo miró legítimamente asombrada.

—¿Por qué?

Desde luego, el bueno de Ben no sabía ya lo que se pescaba.

—Secretaria. Necesito una buena secretaria. Como tú. Con excelente memoria. Capaz de recordar voces y conversaciones.

Maida permitió desbocamientos de última hora.

—¿Desde cuándo un periodista necesita secretaria?

—Desde ahora.

—¿Por qué no te quedas con Jacqueline Cauntet?

Ben Stone, sorprendido y confuso, enarcó las cejas.

—¿Qué sabes de eso?

—Simple. Que subías a su habitación.

—¿Y eso qué importa para que te prefiera a ti por secretaria?

—Quiero ser una secretaria completa.

Rió brevemente él.

—Comprendo. Lo serás. ¿Valen los quinientos?

—Valen.

—¿Cuándo te despides de tu antigua empresa?

Fue ella quien sonrió ahora.

—En este mismo momento.

Rápido, así hacen las cosas los americanos. ¡Trato hecho!

Ben Stone esperó a que Maida Cosby comunicase a la dirección del «Marhaba» que a partir de aquel instante cesaba en el empleo.

Luego, en la habitación de él, Stone se percató de que Maida llevaba tina falda de tubo muy cortita.

Se impuso de la ciase de piernas tan estupendas que tenía ella.

La besó cómo deben besarse dos americanos y luego de esos detallitos tan propios de hombre y mujer cuando empiezan a gustarse o cuando a ella viene haciendo tiempo que le gusta él, Ben Stone dijo:

—Te equivocaste, Maida Las dos llamadas eran para la habitación cuarenta y siete. La que pasaste a la treinta y siete fue equivocadamente Pedían por Jacqueline Cauntet, no por Frank Caudett.

—¡Ah! —le interrumpió ella—. El escritor. Ese tipo es amigo tuyo, ¿verdad?

—Lo es.

—Se ha largado del hotel hace…

—Ya lo sé. Eso no me interesa. ¡Qué lo parta un rayo!

Acto seguido, Stone inquirió:

—La segunda llamada, la que pasaste a Jacqueline… ¿recuerdas lo que hablaron?

Maida cruzó y descruzó las piernas unas cuantas veces.

—Trataré de recordar —dijo mientras se mordía los labios—, a veces no puedo escuchar las conversaciones completas porque me llaman por otra línea y claro… ¿comprendes, no?

—Entiendo. Lo que no concebiría hubiese sido lo contrario. Que no escucharas, anda, exprime tu libro de la memoria.

Reinaron unos segundos de silencio.

—La otra mujer… —empezó Maida dubitativa— creo que habló de un individuo… dijo el nombre, sí. Espera, a ver si es posible que consiga… ¡ya lo tengo! Earl, eso es, Earl. El apellido no me viene al pensamiento. ¡Espera! La mujer dijo que Earl había cumplido su parte, que… que una tal Jane ya había muerto… que Earl llegaría al día siguiente y que ella haría lo propio. Que se encargara de James… eso si lo recuerdo bien, que se encargara de James Coob, de acuerdo con lo previsto, que cuando llegara ella podrían punto final al asunto. ¡Ah!, consigo recordar que habló algo sobre unos certificados de matrimonios y defunción. También la oí mencionar a Hassan Nabig. Le preguntó si los hombres de éste habían colaborado…

—¡Vaya! Por eso el cerdo de Nabig estaba tan bien enterado de las identidades de Jacqueline.

—No te comprendo.

—Yo me entiendo. Un tipo llama desde Baltimore para comunicar que Jane a muerto a consecuencia de un infarto de miocardio, y aunque la llamada es para Jacqueline Cauntet a la que yo «trato», la pasan a la habitación de, un amigo mío, un escritor recién llegado a Casablanca cuyo apellido se confunde fácilmente con el de Jacqueline, encontrándome precisamente en la habitación de aquél. ¡Baltimore, todo de Baltimore! ¡Qué enorme casualidad y qué inmenso lío! Según Hassan, Jacqueline, que se llama de tres formas distintas, anda liada con un tipo llamado James Coob… *que también ha muerto a consecuencia de un infarto de miocardio*. Viene una mujer luego, la que sin duda llamó posteriormente a Jacqueline o cómo diablos se llame…, y ambas se largan a Baltimore. El otro, el tal Earl, que según la misteriosa mujer que habló con Jacqueline tenía que venir también a Casablanca ¿dónde está?

Calló él. Ella, sin comprender nada, metida en el asunto por el simple hecho de que Ben Saone le gustaba desde el día en que llegara el «Marhaba», lo contemplaba en silencio admirativamente.

Stone era un tipo al que las mujeres podían contemplar con embeleso.

—Una cosa… —apuntó Maida.

—¿Sí?

—Parece que todo eso de las llamadas y la desaparición de Jacqueline te preocupa, ¿por qué?

—Un asunto sucio, turbio, extraño, merece ser investigado por un periodista. Máxime, si tiene una secretaria bonita e inteligente como tú.

Ben dejó de pensar. Porque Maida se le acercó recordándole la de cosas que un hombre y una mujer pueden —y deben— hacer cuando se gustan, están solos, tal y cual…

S. C, y más S. C.

* * *

Ella, por la mañana, le trajo los periódicos.

Un colega marroquí se había hecho mantequilla derretida a la hora de colocar título al maravilloso articulito que dejó a Ben Stone de auténtica piedra pómez:

> ¡Earl Speidel, Eminente Cardiologo Norteamericano es Asesinado a las Pocas Horas de Llegar a Casablanca! ¡Obvio Señalar que el Asesino no Puede ser de Otra Nacionalidad…!

«¡Guarro indecente!», exclamó para sí Ben, refiriéndose al periodista marroquí.

Como si los hijos del Islam fueran angelitos o se lo pensaran mucho a la hora de tirar de daga, cimitarra o cuerda.

Lo malo del caso era que su colega tenía infinita y amplia razón.

Earl Speidel. Maida se había referido a un Earl. La mujer que desde Baltimore llamó a Jacqueline pronunció ese nombre…

¡Y lo habían encontrado en mi apartamento del edificio 47 de Boulevard Sidi Mohamed Ben Abdallah!

El que según Hassan Nabig, Jacqueline, como Margaret Sorgent, había alquilado al llegar a Casablanca.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué, maldita sea, aquel galimatías tan complicado lo envolvía, lo atraía, lo… narices?

Vaya. Había tenido que conocer a Jacqueline. Había llegado su amigo Frank. Y estaba en la habitación de éste cuando Maida se equivocó al pasar la comunicación.

Una frase, en medio del caso de pensamientos que formaban un torbellino y una vorágine confusa en el interior de su cerebro, emergió como un chispazo de luz inundando sus células de claridad.

—¿Han colaborado los hombres de Nabig?

Saltó de la cama, se metió en el cuarto de aseo, se vistió…

—¡Maida!

Con que presteza hizo ella acto de presencia.

—¿Qué, amor?

La besó como no hubiera sabido hacerlo Glenn Ford en tiempos pasados ni tampoco Sean Connery —vulgo James Bond— en los actuales.

Ya lo cantaban Les Surfs: «*It's in his kiss*». (Su forma de besar).

—Nos vamos.

Maida, roja como la grana, irritados los labios, jadeante, inquirió:

—¿Dónde?

—A empezar. Desde el principio, a investigar este asunto, a desenredarlo, a saber muchas cosas.

Diez minutos después, a bordo del «MG», «Baltimore Sun» pagaba a sus corresponsales lo suficiente bien como para que pudieran comprarse carros de cuatro ruedas que tiraban de espaldas de Ben, éste y Maida circulaban velozmente por las calles de Casablanca.

* * *

47, Boulevard Sidi Mohamed Ben Abdallah.

El portero del suntuoso edificio tenía toda la cara de un retrasado mental. Se llamaba Al Jazair y una vez tratado resultaba mucho más imbécil de lo que parecía a simple vista.

Empezó diciendo que él vestía como un europeo porque se consideraba tan inteligente como los del país que estaba por encima del estrecho.

Lo dicho, idiota recalcitrante.

—Bueno, amigo, ¿la había visto entrar y salir en muchas ocasiones?

Se lo tuvo que pensar.

—La señorita Margaret… —lo dijo con reticencia y en un inglés defectuoso— es tan hermosa como una mujer mora. Lo cual es un enorme halago acerca de su belleza.

Ben Stone taconeó con impaciencia, y perdida la calma, atrapó al moro por su reluciente pechera blanca zarandeándole a modo.

Vamos, que lo agitó como si fuese un «coctelera».

No le gustó eso a Al Jazair e hizo ademán de meter mano al bolsillo y sacarla empuñando sabe Dios qué clase de artefacto.

El golpe que recibió en plena boca del estómago le hizo desistir de tan «loable» empeño.

Ben, sería siempre un tipo nervioso. Y demasiado violento. Sobre todo si cuando quería saber una cosa, se la preguntaba al que la sabía, y éste se empeñaba…

—Venía algunas noches —habló el marroquí mirando a Stone con temor—. Y siempre tarde, de día sólo recuerdo haberla visto una vez.

—¿Recibía visitas?

Tuvo que pensarlo también. Pero procuró hacerlo deprisa para no desatar las iras del periodista.

—Dos tipos vinieron una noche.

—¿Marroquíes?

—Sí.

Hizo una pausa. Preguntó tras unos segundos:

—Al hombre que encontraron muerto en el apartamento de Margaret…, ¿lo vio usted entrar?

Negó con la cabeza.

—No. Cuando los inspectores de la Sûreté me pidieron que lo identificara dije que no lo había visto nunca. Y era la verdad.

—¿Maneja usted la centralita de teléfonos del edificio?

—Sí… sí señor.

—¿La llamó alguna vez un individuo que dijera llamarse James Coob?

—Ella no recibió ninguna llamada telefónica durante el tiempo que residió…

Ben Stone lo empujó hacia atrás y salió del vestíbulo dejándolo con la palabra en los labios.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó Maida cuando puso el auto en marcha.

—Poca cosa. La visitaron dos tipos marroquíes. Hombres de Hassan Nabig sin duda. Me las tendré que entender con ese cerdo asqueroso.

Maida se apretujó contra él.

—Ben… ten mucho cuidado.

La besó. ¿Cómo no se habría fijado en ella con el tiempo que llevaba hospedado en el hotel? Porque era una mujer estupenda. Más que Jacqueline. Y empezaba a gustarle mucho.

Demasiado.

La besó. No, no, éste era el segundo. Y hubo un tercero.

—Coge el auto y regresa al hotel —le dijo a la mucha deteniéndose un par de cuadras más abajo.

Maida se negó rotundamente al principio.

Pero pasado el… beso (S. C.) se dio por vencida.

PRIMEROS RAYOS DE LUZ SOBRE UN CASO MUY CONFUSO

Boulevard Omar el Idrissi, 19.

«Kanguei».

Hassan Nabig.

—¡Te voy a partir la «jeta», moro imbécil de todos los demonios!

Hassan saltó hacia atrás pero no lo suficiente como para evitar que el zurdazo de Ben le alcanzara de lleno en el mentón.

Como un obús, vamos, así salió disparado, derribando el butacón, la otomana, rebotando en la pared, dando un giro sobre sí mismo…

Apelotonado en el suelo como el fuelle de un acordeón.

—¿Vas a soltar la lengua?

Respiraba agitadamente y era obvio que no reunía el suficiente aliento como para pronunciar una sola «A».

Ben Stone, perdía la paciencia.

Y no contó con la posibilidad de ser sorprendido. El periodista, no se dio cuenta de que estaba obrando demasiado alegremente, ni pensó contra quién o contra qué tenía que luchar.

Mal hecho.

—¡Las manos al techo, extranjero! —Tralló a su espalda, de repente, una voz ominosa. Ben, obedeció al momento. Y entonces Hassan, acercándose a él con una fría sonrisa extendida sobre sus crueles labios le soltó una patada en la boca del estómago.

Stone se retorció por el suelo sin poderlo evitar.

Nabig, ardiendo en deseos de venganza, pateó materialmente el rostro del periodista mientras éste seguía en tierra indefenso.

Acto seguido, el tipo que sorprendiera a Ben por la espalda, que era el mismo a quien él había sacudido en su anterior y reciente visita al «Kanguei», pasó a colaborar con su jefe.

Empezando por propinarle al periodista una bestial patada en los riñones.

Ben se estremeció. Hassan lanzó una exclamación obscena en lengua marroquí, acompañada de nuevos patadones descargados con la fuerza que proporciona el odio acumulado contra algo o

contra alguien.

Ben, tratando de reunir las pocas fuerzas que le restaban y que parecían empeñadas en escapar de sus músculos, quiso incorporarse.

Pero el eunuco le clavó la puntera de su babucha en el pómulo haciéndoselo sangrar de inmediato.

Se ahogaba. La respiración era jadeante. Pero ni el más leve quejido escapó de sus labios. Sólo brotaba por entre ellos un hilo de sangre a la que se unía la que sabía del rasgado pómulo.

—Has ido demasiado lejos, periodista —dijo Hassan Nabig, arrastrando las palabras ominosamente—. Jacqueline cometió el error de encapricharse contigo cuando eran cosas más importantes las que aquí la habían traído.

Yo cobraba por protegerla, alguien supuso que investigarías, cerdo de la pluma, y ese alguien dijo que no te «liquidáramos» de no ser en caso de emergencia y luego de haber tratado de evitarlo. Por lo visto, pesas mucho allá en tu tierra, alguien teme que si mueres aquí, después de haber sido liquidado el médico también en Casablanca, pueda relacionarse el asunto…, y hasta suponer que el accidental fallecimiento de James Coob es una pieza más del caso. ¡Lo siento! Me estás obligando a recurrir al caso de emergencia, ayer toleré que me pusieras la mano encima y que sacudieras a uno de mis hombres. ¡Se acabó tu buena suerte, periodista! Quieran o no los de Baltimore, te voy a matar. ¡Muerto el perro se acabó la rabia! Estás yendo, mejor dicho, has ido demasiado lejos en un asunto que apenas te incumbía. La chica te dejó hacer… ¿no? ¿Qué más querías entonces? ¿Complicarte la vida? ¿Morir? ¡Pues vas a morir!

Se abrió en aquel instante la puerta del despacho de Hassan Nabig para dejar paso a tres tipos como el que había sorprendido a Stone.

Del mismo peso y estatura.

—Podemos hacer un trato —apuntó Ben con penoso esfuerzo, aprovechando la pausa de Hassan—. Te puedo dar diez mil dólares a cambio de una buena información.

Hassan soltó una carcajada y un escupitajo al rostro del periodista. Stone trató entonces de levantarse pero no lo consiguió. Tenía los huesos doloridos. Molidos.

—No hay trato, asqueroso norteamericano. ¡Será un placer

matarte!

—Veinte mil.

Hassan Nabig, retorciéndose las guías de su espeso mostacho, ensayó la sonrisa más horrible, fría y diabólica que Stone había contemplado jamás en el rostro de un ser humano.

—No hay trato, ¡morirás!

El periodista, en ese desesperado esfuerzo que todo humano hace por evitar lo que se presuma inevitables, dio un brinco inesperado y se lanzó sobre Nabig consiguiendo atenazarle por el cuello.

Pareció que todas las articulaciones se le desconectaban y los huesos bailaban a su albedrío en el interior de la carne, pero aun así, haciendo un poderoso e infrahumano esfuerzo, Ben no soltó la garganta de Hassan.

—Si tus hombres dan un paso… te ahogo.

Los cuatro eunucos, tan sorprendidos como su jefe por aquella inesperada maniobra del hombre a quien creían totalmente fuera de combate, no se atrevieron a moverse.

Máxime, cuando Hassan los inmovilizó con la mirada.

Ben Stone, tratando de darse un respiro y acompasar las fuerzas que amenazaban con escapar definitivamente, pasó una mano, mientras con la otra seguía presionando la garganta, hacia el interior de la chilaba de Nabig hasta encontrar, con un suspiro de satisfacción, lo que había supuesto.

Una moderna super-automática.

Le metió el cañón a Hassan contra la nuca.

—¡Ponte en pie!

El propietario del «Kanguei», obedeció.

—Se han cambiado los papeles, ¿eh, moro repugnante?

Allí, nadie respiraba ahora.

—¡Vosotros, largo, fuera!

Hassan Nabig, con los ojos, les conminó a que obedeciesen las órdenes del periodista.

—Bien, ahora tú y yo, Hassan, hablaremos largo y tendido. ¡No, no te hagas ilusiones! No será aquí. Fuera tengo mi coche. Vamos por la salida secreta… ¡ah!, y no olvides que voy detrás de ti. Prueba a ensayar un movimiento de rebeldía, una seña, un ademán que no me parezca correcto…, y aunque a los de Baltimore les

parezca mal los dejaré sin «colaborador». ¡Andando!

Vaya si andó. Y muy seguido de cerca por el ojo negro de la pavonada super-automática. Pavonada y pavorosa.

Empuñada por Ben Stone, muy peligrosa.

* * *

Por el Boulevard Brahim Roudani se va hacia el aeropuerto de Casablanca. Es una estupenda avenida, extraordinaria vía que a la salida de la ciudad se ve flanqueada por estiradas palmeras de cortos y largos penachos cuyo verde, opaco, contrasta con el brillante de los setos de bien cuidado césped donde están arraigados los troncos de aquéllas.

Es un fastuoso espectáculo de colorido.

Existe, sin embargo, un violento contraste. Ya en las puertas de Casablanca, arranca del Boulevard Brahim Roudani una callejuela estrecha y angosta que recibo el nombre de Rué Abdelaziz Boutaleb.

Asciende en inclinadísimo plano hacia el barrio antiguo de la ciudad, algo así como la Kasbah de Tánger. Más pequeño, pero más ruin y sórdido.

Todo son callejuelas donde tres personas a la vez pasan con dificultad. Los edificios son bajos, deslucidos, descoloridos, tienen los muros resquebrajados, se huele a moho, orín, excrementos; la atmósfera se hace irrespirable.

Los franceses le dieron a ese barrio el nombre de «Fumiére». (Estercolero).

Los guayetes y las guayetas[1] de corta edad no reparan a la hora de elegir sitio para cumplir sus necesidades fisiológicas.

Andan por esas callejuelas medio desnudos, o desnudos del todo.

Y los mayores, sin importarles nada de lo que sucede en el exterior, dejan abiertas las puertas de sus casas viejas y enmohecidas aunque en el mismo vestíbulo están poniendo en escena ciertos actos íntimos que precisan de oscuridad y nulos testigos.

Es un contraste, sí. Un violento contraste. Porque en aquel lugar de la ciudad se sigue viviendo como trescientos o quinientos años atrás. En lugar de las chabolas que aún se encuentran en el Sahara, estos marroquíes tienen casa de adobes, pero el resto, es

exactamente lo mismo que lo que hace cualquier tribu del desierto que, si no muchas, aún las hay.

Hassan Nabig, conducido por Ben Stone con toda impunidad a punta de pistola, poco impresionado se sentía por la miseria de sus hermanos. Y sí mucho al pensar en lo que podía hacer con él aquel periodista testarudo y violento que pensaba poco las cosas antes de hacerlas.

¿Dónde lo llevaba ahora?

No tardó en saberlo cuando el cañón de la pistola que Ben ocultaba en el bolsillo de su chaqueta se clavó en los riñones de Hassan señalándole el camino a seguir.

Un cafetín. Un típico cafetín moruno.

El de Sidi Al Maghrib Al Arabi. En una de las callejuelas más pestilentes, estrechas, lóbregas y oscuras del «Fumiére».

—¡Adentro! —exclamó Ben.

Traspusieron la puerta del cafetín.

* * *

Raquel Zorokui era hija de un griego y una hebrea nacida en Casablanca.

Raquel era una mujer maravillosa, vendida a Sidi Al Maghrib Al Arabi por un precio razonable.

Raquel estaba enamorada de Ben Stone desde el primer día en que éste entrara en aquel lugar.

El dueño de Raquel era muy viejo y ella demasiado joven.

Raquel, fabulosa mujer de cuerpo geométricamente perfecto, tenía unos ojos inmensamente negros, unos labios intensamente rojos, un busto prominente y erecto, unas caderas modeladas, unas piernas perfectas y unas ganas incontenibles de entregar su amor.

Su juventud.

A Ben Stone.

Por eso él había frecuentado desde el primer día en que descubrió a Raquel el cafetín de Sidi Al Maghrib Al Arabi.

Ella, ahora, al darse cuenta del aspecto que ofrecía el rostro del periodista trató de lanzarse a él y cubrirlo de besos, quiso restañar el rojo de la sangre como si sus labios fueran una compresa.

Ben se lo impidió haciéndole notar la presencia de su prisionero.

—¿Dónde puedes encerrar a esta pieza?

Lo dijo pronto.

—En el sótano.

Así fue. En una especie de bodega oscura y lóbrega cuyas paredes rezumaban intensa humedad.

Después, Ben se dejó conducir por ella a un lugar donde pudiese atenderlo.

Lo hizo amorosamente. Limpiando la sangre de su rostro, desinfectando las heridas. Besándole apasionadamente una y otra vez.

Raquel iba cubierta con un medio jaike transparente debajo del cual se recortaba la deliciosa intimidad de unas prendas muy breves.

Ben, mientras ella lo curaba, la mantuvo ceñida por la cintura y no dejó de acariciarla.

Era como si deseara desahogar de una forma animal el duro castigo asimilado poco rato antes.

Se detuvo en el curso de sus voluptuosas caricias cuando vino a su pensamiento la imagen de Maida.

—Ben, amor mío, ¿cómo has tardado tanto en venir? ¿No sabes que te necesito? ¿Ignoras que la llama de tu amor es lo único que me anima a vivir? ¿Qué ha ocurrido?

La besó en la boca.

—No puedo entrar en detalles, cariño.

Raquel se arrebujó mimosa, apretó contra él la tibieza de su cuerpo juvenil y ardoroso.

Le hizo sentir la vitalidad que ella rebosaba.

—¿Vas a quedarte?

—Es imposible, Raquel. Necesito interrogar a ese hombre que he traído conmigo. Luego, es posible que tenga que partir hacia mi país.

Desorbitó los ojos.

—¡No! ¡Eso no, Ben! ¡No puedes dejarme! —Trató de sonreír, pero las heridas del rostro se lo impidieron.

—Volveré, Raquel.

Tenía la certeza de que no sería así. Pero ella lo amaba sinceramente. Eran muchas las pruebas que de su amor le había ofrecido. Hubiese sido cruel desengañarla apuntando la posibilidad

de que no, que no volvería.

Y es que Maida empezaba a pesar mucho en el subconsciente de Ben. En un hombre acostumbrado a recibir amor de hermosas mujeres… el que una se sobrepusiera a las otras podía significar…

Principio de amor, De intenso amor.

—Tengo la certeza de que no volverás. No te dejaré marchar sin…

—No me iré sin…

* * *

Hassan Nabig retrocedió un par de pasos.

—Te machacaré los huesos como no contestes pronto, cerdo.

Siguió retrocediendo hasta que se lo impidió la pared con que había tropezado su espalda.

—¿Qué… quieres saber?

Una sonrisa fría que le produjo intenso dolor en el pómulo dibujóse en labios de Ben Stone.

—¿No lo imaginas? ¿Quiero que me digas lo que Jacqueline Cauntet vino a hacer en Casablanca?

Hassan se retorció las manos.

—¿Cuánto me ofreces?

Pese al dolor, Ben soltó una sonora carcajada.

—Tu vida. ¿Te parece poco?

Nabig tragó saliva.

—Me matarás, pero no te diré nada.

Ben dio un paso, hizo un quiebro, introdujo la diestra entre las manos del marroquí cuando éste trataba de cubrirse el rostro y le castigó con un soberbio directo que le hizo rebotar la cabeza contra la pared de una forma tan sonora como macabra.

Luego, cambiando el juego de manos, le sacudió un trallazo en el plexo obligándole a doblarse.

Completó alzando la rodilla y empotrándola en el mentón de Hassan cuando éste se encogía a efectos del golpe anterior.

Se desplomó en tierra sin exhalar un gemido.

Ben, más nervioso que nunca, le devolvió las patadas que entre él y sus esbirros le habían administrado en el «Kanguei».

Hassan Nabig perdió el conocimiento quedando tendido de

bruces sobre el ajado cemento.

A duras penas se contuvo el periodista.

Raquel llegó pocos minutos después de que la llamara con una enorme tina de agua.

Ben, despacio, fue derramando el líquido sobre el cuerpo del inconsciente Hassan.

Tardó lo suyo en reaccionar.

Cuando lo vio con los ojos bien abiertos, vuelto a la realidad y consciente de lo que ocurría y de lo que podía sucederle, le dijo ominosamente colocando el cañón de su propia automática a dos dedos del entrecejo:

—Te voy a matar, no lo dudes, Hassan Nabig. Te coseré a tiros como a un perro dentro de este sótano y luego arrojaré tu cadáver al Atlántico para que lo roan los tiburones. Pero antes, te obligaré a comerte dos kilos de tocino, del tocino más grasiento que puedas imaginar para que tu podrida alma se condene por toda la eternidad…

—¡No! ¡Eso no! —exclamó, llevándose las manos al rostro—. ¡Por el profeta!

—¡Qué profeta ni qué niño muerto! Tú y tu profeta me importáis un rábano… pero sí me interesa, y mucho, el extraño juego de Jacqueline Cauntet. Tienes… —consultó su reloj— veinticinco segundos de tiempo. Si pasados éstos no contestas, mandaré a por el cerdo.

Hassan, sentadas en el suelo sus castigadas posaderas y recostando la espalda contra la pared, murmuró vencido:

—Tú ganas. Hablaré.

Ben sonrió melifluo.

—Pues no te demores demasiado en empezar porque tengo la extraordinaria virtud de perder los nervios en fracciones de segundo. Tú lo sabes. ¿Verdad? ¿Qué es lo que vino a hacer aquí Jacqueline Cauntet?

—Te dije que se llamaba Martina Himble y es cierto. Vino a Casablanca para matar a un hombre y asegurarse una herencia de muchos millones.

Ben parpadeó asombrado.

—Eso está muy confuso. ¿Quieres explicarte con claridad?

Hassan Nabig chasqueó la lengua contra el paladar. Suspiró

profundamente. Trató luego de encontrar la posición cómoda en la cual no le dolieran las articulaciones ni los golpes recién recibidos.

Dijo, mirando al periodista de soslayo:

—Lo que hablé ayer de Martina Himble es verdad…

—Parte de la verdad —le rectificó Ben—, ¿no es cierto? Porque veo que ahora estás añadiendo cosas nuevas. Eso de matar el hombre y asegurarse la herencia no me lo dijiste ayer, ¿por qué, mi buen amigo Hassan? ¿Era James Coob el hombre que Martina Himble vino a matar?

Nabig asintió lentamente Durante breves segundos adoptó esa inclinación de cabeza, esa pose de reflexiva abstracción que frecuentemente adoptan los orientales.

Luego, como seis segundos después, para no impacientar a Ben. Stone, dijo cual si se librara de un peso:

—Hace un mes recibí una llamada telefónica desde Baltimore, alguien me proponía una operación sencilla en la que ganaría unos quince mil dólares.

—¿Qué tenías que hacer?

—Esperar la llegada de una mujer llamada Martine Himble —aquí la conoceríamos por Jacqueline Cauntet— y ponerme a sus órdenes, además, para cuando ella llegase, tenía que disponer de un hábil falsificador, acepté el trato sin dilación. Tú sabes de lo que yo vivo, ¿no? Quince mil dólares por un trabajo tan sencillo no podía desperdiciarlos alegremente. Seis días después de la llamada telefónica recibí un cheque por valor de siete mil quinientos. La mitad. El resto me lo entregaría Martina al terminar el trabajo.

Ben Stone, meditativo, inquirió al interrumpirse el marroquí:

—¿Qué, ocurrió al llegar Martina… o Jacqueline?

Hassan Nabig tragó saliva.

—Se puso en contacto conmigo rápidamente. Empezó por decirme que el trabajo sería sucio, pero muy limpio.

Que íbamos a matar a un hombre sin tan siquiera rozarle la piel con un dedo. Sí, como has dicho, se trataba de James Coob, rico heredero de una familia norteamericana, que se vino tras Martina porque estaba locamente enamorado de ella. La creía actriz cinematográfica contratada por una productora francesa para rodar los exteriores de un film —de la que ella sería figura estelar— en Casablanca.

Ben, cabeceando lentamente, siguiendo con su pensamiento las palabras de Hassan lo mismo que lo hubiese hecho una cinta magnetofónica, preguntó:

—¿Por qué Martina Himble usó de tantos nombres y se instaló en lugares distintos?

Hassan carraspeó.

Veíase obligado a confesar. Sabía que de no hacerlo el periodista era muy capaz de cumplir sus amenazas. Pero a pesar de ello, el temor a algo le sujetaba la lengua en ciertos instantes.

—Era parte de su plan —repuso tras una breve pausa. Jacqueline Cauntet respondía a su falsa personalidad de actriz cinematográfica. Margaret Sorgent era la mujer que se ponía en contacto conmigo; por eso alquiló a tal nombre un apartamento en el 47 del *boulevard* Sidi Mohamed Ben Abdallah, para reunirse allí conmigo y mis hombres y darnos instrucciones. Como Jacqueline Cauntet de nuevo, alquiló un «*bungalow*» en la playa de Ain Diab donde se veía cada noche con James Coob.

—James Coob —apuntó Stone—, sinvergüenza colaborador de limpios asesinos, padecía del corazón, ¿no es cierto?

Hassan asintió con la cabeza. Stone, de nuevo, quiso saber:

—¿Cómo provocasteis su muerte?

—Fue… —dijo el marroquí temeroso—, fue sencillo. Una de las noches que James debía acudir a reunirse con Martina…

Hassan Nabig relató cómo sus hombres habían trasladado el ataúd hasta el «*bungalow*» de Martina. Cómo ella, en su papel de Jacqueline Cauntet, habíase maquillado magistralmente hasta dar a las facciones de su rostro una autentica palidez cadavérica Ben Stone le dijo que se ahorrara el resto. Estaba claro. James Coob la había encontrado muerta. Luego, Jacqueline, resucitaba inesperadamente, abrió camino al infarto de miocardio.

Perfecto. Sin rozarle la piel con un dedo.

¿Cómo sabía Martina Himble que James Coob padecía una afección cardíaca? Ben, se respondió a sí mismo que estaba por demás claro. Earl Speidel, eminente cardiólogo norteamericano, él, sólo él, podía saberlo.

Las cosas ya encajaban.

Faltaba saber qué papel había desempeñado en todo aquel rompecabezas monstruoso el hombre que por teléfono, desde

Baltimore, le ordenó a Nabig que tuviese preparado un falsificador.

Además, teniendo en cuenta que Earl Speidel, según las pruebas circunstanciales parecía ser el cerebro rector de aquel plan diabólico, y que había sido asesinado en Casablanca cuando llegaba para reunirse con su colaboradora y que a la vez, una misteriosa mujer había venido tras él uniéndose a Jacqueline y desapareciendo en un avioneta particular rumbo a Baltimore… pensando en todas esas cosas, Earl Speidel, en verdad, no resultaba más que una víctima propiciatoria de sus propios proyectos.

—¿De acuerdo?

Entonces… ¿quién era la segunda mujer?

Eso le preguntó a Hassan en voz alta después del largo silencio que empleó ordenando sus pensamientos:

—Me hablaste de una mujer que vino en un vuelo regular de T. W. A, y que luego, con Martina, fletó una avioneta particular y ambas volaron a Baltimore, ¿no?

Asintió el marroquí.

—¿Quién era esa mujer?

Repuso sin vacilaciones.

—Lo ignoro. No llegué a verla.

Ben, sin insistir, dio por buena la respuesta. Inquirió acto seguido:

—¿Quién asesinó a Earl Speidel?

—Esa mujer desconocida… o la propia Jacqueline.

—¿Qué hay del falsificador? ¿Para qué lo necesitaban?

Nabig cabeceó negativamente.

—No lo sé.

Ben, de buenas a primeras, inopinadamente, soltó un zurdazo contra el rostro de Hassan.

—No mientas, moro cochino.

Nabig, limpiándose el hilillo de sangre que empezaba a manar de sus labios, chilló como una rata asustada:

—¡Por Alá! ¡Te juro que es cierto! Yo les proporcioné el falsificador, pero no sé para qué lo necesitaban. Ignoro el trabajo que hizo.

—¿Cómo se llama ese tipo y dónde puedo encontrarlo?

Hassan engulló saliva y sangre.

—Es francés. Se llama Roger Cocteau. Pero no vive en

Casablanca…

Ben estuvo en un tris de arrearle otro puñetazo.

—¡Que no vive en Casablanca!

Hassan, viendo que el periodista se iba hacia él con aviesas intenciones, se acurrucó contra la pared encogiéndose como una oruga.

—¡No! ¡No me pegues! Es la verdad. Roger Cocteau vive en Rabat…

—¿Y vino desde Rabat a Casablanca porque tú se lo pediste?

—Sí, sí. Yo ya le había proporcionado a Cocteau otros trabajos. Le ofrecí mil quinientos dólares y no dudó en venir. Se reunieron Martina y él en el apartamento que ella tenía como Margaret Sorgent. ¡Te juro que ignoro el trabajo que Cocteau realizó!

Ben Stone apenas si había oído la última y vehemente exclamación del marroquí.

Porque un nuevo chispazo, una de aquellas luces que inundaban de claridad sus células cerebrales, acababa de brillar intensamente.

Con sólo recordar…

—… Que habló algo sobre unos certificados de matrimonio y defunción.

Palabras textuales de Maida Cosby. Ella las escuchó a través de la centralita telefónica del «Marhaba».

Una mujer, desde Baltimore, había preguntado a Jacqueline Cauntet acerca de dos certificados.

Matrimonio… ¡Casada con James Coob!

Defunción… ¡Heredera de James Coob!

Ben Stone fue entreabriendo los labios lentamente hasta conseguir, con menos dolor que anteriormente, una amplia sonrisa.

—Bien, Hassan, ¿dirección en Rabat de tu amigo el experto Cocteau?

—No sé… ¡bueno, quiero decir que no tiene dirección fija!, pero te diré cómo puedes localizarlo. En la Rué
D’Ankara,
detrás de la Buarrakía[2], Zoco de Chellah, hay un vendedor de baratijas llamado Ab Hijaz. Él te indicará dónde localizar a Cocteau.

Ben Stone miró a Hassan Nabig escrutadora y fijamente.

Le dijo, despacio, pronunciando las sílabas y arrastrándolas:

—Te vas a quedar en este sótano hasta que yo haya comprobado

que lo que me has dicho es cierto… ¿entiendes? Si por esos «avatares de la vida» digo que te maten al saber que me has engañado…, no lo dudes, te matarán. Por otra parte, me interesa que estés a buen recaudo, así no se te ocurrirá la feliz idea de enviar algunos de tus esbirros a Rabat para que eliminen a Roger Cocteau. ¿Me comprendes, amigo Hassan?

Inclinó la cabeza apretando los labios. Mordiéndoselos con rabia genuina.

Porque, precisamente, Nabig pensaba enviar a su fiel Kabul a Rabat en cuanto se viera libre.

Pero no, no estaría en libertad hasta que Ben Stone quisiera. Un tipo con suerte el norteamericano. Salía vivo y vencedor de todas sus empresas.

—Ves pensando en las torturas que ensayarás conmigo el día que puedas devolverme la china, Hassan. Pero cuídate. Porque si regreso a Casablanca y nuestros orminos vuelven a cruzarse… sería ya la tercera vez. ¿Recuerdas la primera? No habrá tercera, Hassan. Te liquidaré. Los bichos como tú no tienen derecho a la vida… ¡Salam, hermano!

Salió del sótano luego de asegurarse de que la doble puerta de madera y metal quedaba bien cerrada.

* * *

Los ojos negros salieron en busca de los suyos con una avidez apenas contenida.

Raquel Zorokui.

Iba sin el medio jaike. Y sólo dijo:

—Sidi Al Maghrib Al Arabi tardará un par de horas en regresar.

Ben recordó lo que hablaran minutos antes:

«Tengo la certeza de que no volverás. No te dejaré marchar sin…».

«No me iré sin…».

Y no se fue.

—Raquel —le dijo cuándo sólo faltaba media hora para que regresase Sidi Al Maghrib Al Arabi—, debo partir inmediatamente hacia Rabat. Necesito que mantengas a ese bicho encerrado en la bodega y procures que tú… tu marido no lo descubra. Sólo un par

de días, luego puedes soltarlo.

Raquel, la fabulosa hebrea, la eterna enamorada de Ben Stone, enroscó sus ágiles brazos al cuello del hombre.

El beso fue de los que llevan las letras: S. C.

—Haré lo que tú desees, amor.

Una pausa, de nuevo S. C.

Por último, la voz ansiosa, anhelante, casi desesperada de la mujer, preguntando:

—¿Volverás?

Stone sonrió.

—El «Baltimore Sun» me paga por ser su corresponsal en Casablanca. He de volver.

Escondió su cabeza en el poderoso tórax masculino.

—Algo… —musitó cálidamente—, un extraño presentimiento… me dice que no volveré a verte.

—No seas chiquilla.

No lo era. Y por eso, insistiendo en que sus presentimientos siempre se confirmaban, recordó a Ben que aún faltaba media hora…

Stone salió del cafetín medio minuto antes de que llegase el propietario del mismo, Sidi Al Maghrib Al Arabi.

S. C.

DE CASABLANCA A BALTIMORE PASANDO POR RABAT

La capital del reino marroquí. La primera ciudad imperial de Marruecos, la de los vivos contrastes, la de los jardines.

No se observa en Rabat la huella profunda que en Casablanca supieron dejar los franceses.

Aquí, pese a que el progreso, avance y moderno, imprimen con letras mayúsculas su continua evolución, se respira un aire más místico, más oriental, más misterioso.

Diríase que es una Tánger de mayor superficie y densidad de población, con idénticas peculiaridades e iguales características.

Se vive dentro de la ciudad en dos épocas distintas. En el núcleo de dos civilizaciones opuestas que, pese a la enorme diferencia que separa una de otra, se hacen compatibles con tipismo y armonía.

Las viejas costumbres, los antiguos barrios, los antiquísimos zocos, el ambiente sórdido e intrigante del misterioso oriente… todo ello tiene una encarnación viva en la capital de Marruecos.

Luego, presentando la ciudad en sí, la Rabat moderna, al asombrado visitante, la descubrimos como harén multicolor de árboles y flores, como enjambre de bellos jardines que componen un fastuoso ensamblaje de maravillosas tonalidades.

Jardín del Triángulo, del Belvedere, Experimental, los Udaias con su encantador café donde el turista, genuinamente sorprendido, aprecia la fina y exquisita repostería marroquí. ¡Ah!, y saborea el té con hierbabuena.

También es Rabat la ciudad de las puertas monumentales. La de Bab Er Ruah, la de la alcazaba de los Udaias, testimonio grandioso de la potencia Almohade en los tiempos en que la ciudad no era más que un simple campamento militar: «Ribat el Fat». Campo de la Victoria.

Como un recuerdo a la gloria de alfanges y cimitarras surge destacándose hacia lo más alto del cielo la Torre de Hassan que, por encima de las ruinas de la mezquina de que era minarete, domina toda la ciudad en su vasta extensión. Este santuario parece haber sido destinado a los fines de una enorme metrópoli y debía ser el

más grande de todo el Islam.

En su interior será depositado el Mausoleo de Su Majestad el gran rey Mohamed V.

Ciudad misteriosa, ciudad oriental, ciudad…

* * *

Donde Ben Stone debía encontrar a un falsificador que, requerido por Hassan Nabig, habíase puesto en contacto con Martina Himble.

Martina… la de los muchos nombres y más domicilios.

Roger Cocteau.

El que había falsificado un certificado de matrimonio y otro de…

¡Un momento! ¿Era necesario que Cocteau falsificase también el de defunción?

No.

Muerto James Coob, cualquier forense podía certificar la muerte, legítimamente, a consecuencia de un infarto de miocardio.

¿Entonces?

No. Ben Stone comprendía que las cosas dentro de aquel asunto, las piezas del rompecabezas, no encajaban con la facilidad que le había hecho suponer la confesión de Hassan Nabig.

Confuso.

Incomprensible. Existían una serie de contradicciones que no alcanzaba a entender. ¿Por qué en Casablanca?

* * *

Rabat.

Avenue Moulay Youssef, 74.

Hotel «El Mansour».

Frente a la puerta del hotel detuvo suavemente Ben Stone su trepidante «M G.».

Saltó a tierra tendiendo la mano a Maida para que descendiese a su vez y le entregara el pequeño maletín.

Lujoso vestíbulo. Reluciente. Brillante. Sin nada que envidiar a

los mejores de París, Chicago, Roma, Barcelona o cualquier otra capital del mundo.

De las muchas que Ben conocía en su vida de corresponsal.

—Hemos recorrido todo el camino en silencio, Ben. ¿Para eso querías una secretaria? Eso lo preguntó Maida cuando una vez que les hubieron sido asignadas sus respectivas habitaciones, se alojaron; cuando él se hizo servir un par de *whiskies* en la de ella y después de haber dejado el vaso encima de la mesa para mirarla fijamente.

Prendió un cigarrillo antes de responder a la pregunta.

—No, pequeña —contestó exhalando una larga espiral de humo —. No deseaba una secretaria para eso, algún día te lo diré Pero estoy seguro de que será tarde…

Maida, embutidos sus encantos entre una falda y jersey rojos, estrechos ambos, corta la una y escotado el otro, miró al periodista con evidente desconcierto.

Le observó con sus ojos verdevioleta.

—No comprendo nada de lo que dices, Ben.

Sonrió el hombre.

—Será tarde porque ya habré terminado de enamorarme de ti. Y entonces… ¿importará mucho el hecho de que te contratara por tal o cual motivo?

Fue ella quien entreabrió sus jugosos labios para sonreír.

—¿Quieres decir que estás enamorándote de mí?

Ben, apartó sus ojos de los de Maida.

—Puedo haberlo querido decir.

Una respuesta ambigua, pero quizá excesivamente concreta.

—Ben… —Maida hizo que al sentarse subiera la falda, y dejó que Stone contemplara el par de rodillas mejor formadas que nunca había visto, dejó que sus piernas se desperezaran mostrando con negligencia toda su belleza y perfección, e hizo muchas cosas…—, puesto que no quieres ser sincero, lo seré yo. Me fijé en ti desde el primer minuto en que te vi. Creo que el día en que llegaste al «Marhaba» ya me enamoré… sólo por eso he aceptado la inesperada proposición de ser tu secretaria: Sin embargo, tú nunca habías reparado en mí, ¿cierto? ¿Por qué me llevas contigo? No necesitas secretaría, ambos lo sabemos.

Ben Stone se pasó una mano por los negros cabellos mesándolos

suavemente.

Cruzó la sala en dirección a la butaca que Maida ocupaba. Sentóse en el brazo de aquélla, inclinó la cabeza cuando la mujer subía la suya, rodeó sus hombros con un brazo. Se besaron.

Sin prisas.

—Eres muy hermosa, Maida. Debí haberme fijado en ti mucho tiempo antes.

Ella jadeando, tratando de recuperar todo el aire que con el largo ósculo había escapado de sus pulmones, dijo tenuemente:

—Eso no responde a mi pregunta.

Stone acarició los sedosos cabellos femeninos.

—De acuerdo, muñeca. Te lo diré. Quiero que llegado el momento identifiques una voz.

El asombro de ella fue legítimo.

—¿Una voz?

—Sí. ¿Recuerdas a la mujer que habló desde Baltimore con Jacqueline Cauntet?

—Sí.

—Ésa es la voz.

Hubo un silencio.

Musitó ella.

—¿Sólo por eso…?

—Me estoy enamorando de ti, Maida. He querido decirlo antes.

Llegó el beso apasionado que la mujer estaba deseando.

Ben la sujetó por los hombros, le demostró que verdaderamente empezaba a enamorarse.

Apasionado. Vehemente.

Se estaba enamorando con exceso… con apetito.

S. C.

* * *

Zoco de Chellah.

Un zoco es algo así como un mercado. Reducido en ocasiones, pero inmenso otras veces.

El de Chellah era respetable.

Instalado en el barrio más moruno de todo Rabat.

Una interminable sucesión de tiendas y tenderetes, de carretones

que se convierten en mostradores de ventas, de gentes sentadas en el suelo que exhiben la pobre mercancía en el hueco que la chilaba forma al separar las rodillas.

Eso es un zoco.

Con abigarrada mezcla de tipos e individuos de los lugares más insospechados. Chinos, negros, judíos, argelinos, europeos, americanos…

Americanos como Ben Stone.

La mayoría de ellos no cesan de levantar cámaras fotográficas para retener en sus objetivos las escenas más típicas, más graciosas… quizá más violentas.

Cada uno va al zoco a por algo.

Por ejemplo, a por un falsificador francés llamado Roger Cocteau que puede ser una pieza importante en el esclarecimiento de un asunto confuso que, en realidad, no le va ni le viene.

Todo, por confundir Caudett con Cauntet. Todo, por conocer a Jacqueline. Todo… ¡rábanos!, porque un buen periodista debe buscar la noticia en cualquier parte.

* * *

Ab Hijaz vendía baratijas.

Uno de esos rostros con barba espesa, con ojos fríos, con expresión estereotipada.

No se alteran, rían o lloren. Siempre mantienen la misma expresión hierática.

Muy propio de los islamitas.

—¿Un collar para tu novia, americano? ¿O prefieres un brazalete?

Cuando Ben iba a responder pasó por su lado un vendedor ambulante voceando a pleno pulmón:

—¡Cómprenle a Habuj, comprende a Habuj! ¡Aquí les traigo yo, al precio más irrisorio, de Damasco y Cachemira las telas que son preferidas!

Menos mal que siguió su camino. Porque tenía un vozarrón ensordecedor.

—¿Por qué he de ser americano? Puedo ser inglés, francés, español… ¿por qué americano, Ab Hijaz?

Ni un músculo se altere de la faz del marroquí.

—Sé adivinar con sólo una mirada la nacionalidad de los extranjeros. Eres americano, amigo.

—Correcto, amigo.

—¿Qué deseas comprarme?

—Una pluma.

—No vendo «de» eso.

Sonrió Ben lobunamente.

—Quizá las venda Robert Cocteau.

—Es posible…

—¿Dónde puedo ir a comprarla?

Al Hijaz, con sus ojos pequeños, fríos, escrutadores, recorrió pausadamente la elevada silueta de Ben Stone.

Tardó unos segundos en responder.

—En la Buarrakía.

—¿Cementerio?

—Sí.

Stone enarcó las cejas.

—¿Qué hay allí?

—Un hombre que vende buenas plumas.

Ben, un tanto sorprendido, permaneció indeciso por espacio de varios segundos. —Correcto— dijo al fin. Pero procura no haberte equivocado de dirección. Porque regresaré… ¿comprendes?

—No volverás.

Dos palabras secas pronunciadas en igual tono que todas las anteriores. Sin matiz ni entonación.

Podían ser siniestras.

Podía ser que no volviera porque la dirección fuese la deseada. Podía quizá no regresar porque los muertos no vuelven de donde se quedan.

Excepto… cuando resucitan.

* * *

La Buarrakía. El cementerio de los hebreos.

Circundado por una tapia blanca de mediana estatura por encima de la cual sobresalían esos estirados cipreses que, sin entender de religiones ni políticas, son comunes a todos los recintos

en donde reposan su sueño eterno quienes pensaron blanco, negro, azul o verde.

Quienes veneraron a un Dios verdadero, a un Alá, o a un fetiche.

Todos son iguales a la hora de «vivir» en un «parque» de agudos y silenciosos cipreses. Las hojas esparcidas por el suelo corrían sobre la gravilla merced al tímido impulso del viento.

—¡Las manos al cielo, hermano!

A obedecer tocaban.

Sí, en esos casos, momentáneamente, lo mejor es hacer lo que le dicen a uno.

Porque el otro, es muy probable que apoye su exclamación en uno de esos artefactos que incrementa con pasmosa facilidad el censo de las buarrakías.

Ben, Stone, bien altos los brazos por encima de la cabeza, inquirió:

—¿Puedo volverme?

—Con cuidado, amigo. Sólo son tres los cañones que apuntan a distintas partes de su cuerpo. Es casi imposible que los tres fallemos.

Y tan imposible. Los debía tener a un par de yardas de su espalda. No había fallo posible y sí enormes probabilidades de que los convirtiesen en un colador.

Se volvió.

No, aquellos tipos no tenían nada de marroquíes. Pero sí unos estupendos rostros de asesinos natos.

De auténticos profesionales.

—Se les saluda, caballeros, se les saluda. ¿Está prohibido venir al cementerio?

El más alto de los tres y el que estaba en el centro, un fulano delgado de cara chupada y pómulos salientes que gastaba los mismos ojos que las víboras, soltó una risotada soez.

—¡No me diga que tiene a su abuelita enterrada aquí! Si lo dice… ¡Palabra que lloro!

Sus compinches, ambos tan «guapos» como él, corearon el chiste con burlonas carcajadas.

—Roger Cocteau.

Ben Stone pronunció el nombre de la persona a quien buscaba mientras su cerebro calculaba velozmente el tanto por ciento de

posibilidades a su favor si decidía enfrentarse con los tres pistoleros.

Tenía un… 0,000 por 100.

Dijo el más alto de los pistoleros a uno de sus colegas:

—¡Cachéalo, Marcel!

El aludido, con sus trazas de reptil venenoso, con su cara de rata cloaquera, acercóse a Ben.

Incurriendo en un error impropio de un profesional del gatillo.

Caminó hacia el periodista cerrando el ángulo de tiro que las armas de sus compinches tenían sobre aquél y centrándolo en su espalda.

Claro que Marcel también empuñaba su buena y lustrosa automática.

Pero de nada le valió eso estando tan cerca de Stone. No sirvió de nada tampoco el grito de:

—¡Apártate de en medio, imbécil!

Grito que brotó en la garganta del que llevaba la *voz* cantante cuando intuyó la maniobra de Ben.

Pero Stone, con la ágil elasticidad que nadie podía esperar en un hombre de su contextura, voló por los aires, escorzó sobre sí mismo, atrapó el brazo armado de Marcel, le hizo girar hacia sus amigos y arrebatándole la pistola, le hizo servir a él de escudo, diciendo:

—¡Suelten las armas, paisanos! ¡Tienen media décima de segundo!

Poco tiempo.

Y el que quedaba junto al jefe de los tres pistoleros juzgó que con menos tiempo todavía podía gritar el gatillo de su «petardo» y meterle un «pepino» en el entrecejo a semejante suicida imbécil.

No tuvo tiempo ni de sorprenderse.

Porque fue en su entrecejo donde nació un agujerito negro que escupía un débil hililllo de sangre.

En efecto, cuando se muere tan rápidamente, no hay tiempo para sorprenderse ni para preguntarse cómo puede uno morir estando en la flor de la vida.

El más alto, el jefe, con sólo ver desplomarse a su colega, tiró el arma al suelo y levantó «bandera» blanca.

Ben, sonriente, largó un violento empujón a Marcel proyectándolo materialmente encima del otro.

Trastabillaron ambos y a punto estuvieron de rodar sobre la

grava.

—Sólo… sólo tratábamos de aseguramos de que no venías en plan violento… —murmuró Marcel.

Ben, soltó ahora una buena y sonora carcajada.

—¡Mira qué gente tan segura! ¿Siempre lo hacéis igual de bien?

No respondieron. Ben Stone dijo entonces:

—Quiero ver a Roger Cocteau. ¡Ah!, me da lo mismo matar a uno que a veintiuno. ¡En marcha, caballeros! Caminen delante mío adoptando las elementales medidas de prudencia que aconseja el más insignificante instinto de conservación. Ustedes tratan de jugármela, yo me los «cargo» y me quedo tan campante.

Marcel y compañía echaron sendero adelante internándose en el cementerio al tiempo que, en diagonal, se dirigían hacia la izquierda.

Se detuvieron frente a una enorme losa de piedra que mostraba una monumental argolla.

Algo así como eso que suele llamarse fosa común.

—¿Qué les pasa ahora?

Marcel señaló la losa.

—Ahí debajo está Cocteau.

Stone tuvo la impresión de que aquel par de asesinos le preparaban una charranada.

—Marcel —amenazó ominosamente—, hasta los idiotas del mundo, aprecian su piel. ¿Eres tú más idiota que ninguno de ellos?

Obvio que Ben se burlaba abiertamente pese a su tono ominoso. Pero el firme pulso con que empuñaba la pistola evidenciaba que una de aquellas bromas se podía convertir en tragedia y en un segundo cadáver.

El larguirucho tragó saliva.

—No nos ha entendido, ahí debajo está la imprenta. No hemos querido decir que Cocteau esté muerto.

—¡Ah, ya! Qué idea más original. Roger tiene su fábrica de falsificaciones en una estancia que limita por sus cuatro puntos cardinales con cadáveres, muertos difuntos y «fiambres». Perfecto. ¿Cómo se entra en mansión tan selecta?

—Hay que levantar la losa —repuso el más alto—. Pero nosotros dos solos, no podemos.

Ben compuso un rictus de escepticismo.

—No trago, inocentón. No me creo que haya de tirarse de la argolla… ¿verdad que no, Marcel?

El aludido tragó un chorro de saliva.

—Sí, sí, es cierto.

Stone, empezando a perder sus escasos nervios y el poco dominio que de ellos tenía, ordenó, sin ironías ahora:

—¡De espaldas los dos!

Obedecieron, al tiempo que Marcel gritaba:

—¡No! ¡No me mate! ¡Se puede…!

—¡Calla, hijo de adúltera! —Gramó el larguirucho.

Fue lo último que dijo por espacio de un tiempo ya que, con sonoro chasquido, la culata de la pistola que Ben arrebatara a Marcel se estrelló contra la nuca del jefe.

Rodó sobre las hojas secas que cubrían la grava sin producir más gemido que el de aquéllas al crujir bajo el peso de su cuerpo.

—Y ahora, Marcel, ahora que estamos mano a mano, vas a decirme cómo se entra al palacio de Cocteau. Vas a decírmelo porque, en caso contrario, te daré muchos más puñetazos que brazaletes de oro falso dan en el zoco por un dólar.

Marcel no necesitaba que lo estimularan más. El pánico que llevaba entre piel y hueso más piel y hueso que carne, le estimulaba sobradamente.

Muy obsequioso, dijo:

—Hay que pisar la anilla tres veces consecutivas y dos espaciadas.

Ben, a su espalda, soltó una breve risita.

—¡Buf! ¡Con lo duro de entendederas que yo soy! ¡Anda, hazlo tú para que yo lo aprenda!

Marcel lo hizo. Y al cabo de cinco segundos la losa, girando sobre los ocultos goznes que movía un no menos escondido resorte, cedió hacia arriba dejando al descubierto un hueco cuadrangular y el principio de una escalerilla metálica.

—¡Eh, nervioso! —dijo Stone, viéndole que se disponía a bajar por aquélla—. ¡No, no, no seas tan diligente! Espera a que «tío» Ben te prepare para tan peligroso descanso.

La preparación consistió en atarle ambas muñecas, pasadas por detrás de la espalda, con su propia corbata.

—Pero… ¿cómo me cojo a la escalera?

—Con los dientes, pequeño, con los dientes. Verá qué práctico es cuando te hayas acostumbrado.

Al frustrado atacante le costó lo suyo bajar. Pero Ben, libre de preocupaciones, pudo hacerlo tranquilamente con la pistola guardada en el bolsillo.

¡Vaya con la escalera! Era tan larga que parecía que por ella iba a alcanzar el juicio final.

Cuando llegaron al último tramo, Stone se encontró con un largo y estrecho pasadizo muy similar a las lóbregas bóvedas de las cloacas en el que por todas partes, se olía a moho y humedad.

De nuevo Marcel pasó delante para ir señalando el camino.

* * *

Roger Cocteau era un tipo de mediana estatura, anchos hombros, ojos azules, cabellos rubios ondulados, expresión de chiquillo travieso, jovial en apariencia, pero muy peligroso en esencia y potencia.

Menudo tinglado tenía organizado allí dentro el fulano de las melenas color oro.

No se privaba de nada.

Imprenta por todo lo alto. Máquinas trabajando a todo tren. Un montón de tíos yendo y viniendo de un lado para otro. Clichés, planchas, estibas de pequeños rectángulos de papeles que «olían» a dinero muy falsificado.

Una potente instalación de rayos infrarrojos iba secando por encima de una cinta sinfín los billetes *calentaos*. Los que iban saliendo del horno.

Allí, en el subsuelo de un cementerio, a medio palmo de una oficina de la Sûreté Nationale du Maroc, el amigo Cocteau se tiraba las horas dale que te pego a la falsificación.

Y la «bofia»… ¡tan campante!

¡Hay que ver lo que es el mundo!

* * *

¡Y hay que ver la carita de niño travieso que puso el «bueno» de

Cocteau!

Cuando vio entrar a su acólito Marcel, uno de los componentes de su policía de seguridad, con las zarpas a la espalda y seguido de un tipo con maneras de Tarzán que tiraba de automática con la misma tranquilidad que de paquete de cigarrillos.

La clase de cara que Cocteau puso…

No era para menos. Penetrar en su guarida con tal impunidad salvando la vigilancia de sus gorilas era para preocuparse.

—¡Que nadie se mueva de donde está!

Tras la orden-exclamación-aviso, Ben Stone no necesitó preguntar quién era el amo de la «imprenta».

Cocteau estaba en mangas de camisa mostrando ostensiblemente la funda sobaquera en cuyo interior reposaba un pistolón de considerable calibre.

Pero, amigo, hacían falta narices para empuñarlo en tales circunstancias. Y Cocteau, tipo ágil con la pluma, no andaba sobrado de narices en situaciones como aquéllas.

—¿Quién es usted?

—Papá Noel.

No era momento de bromas. Pero Stone, que raramente controlaba sus nervios, tenía, eso sí, un amplio sentido del humor.

Alguien le vaticinó en cierta ocasión que moriría con una sonrisa en los labios.

Bueno, algunos también la «espichan» llorando. Cada uno se muere como buenamente puede.

—Amigo Cocteau —habló Ben Stone con voz lo suficiente clara y tono lo bastante alto para que todos los empleados de Roger se enteraran bien—, di a tus eficientes colaboradores que dejen lo que están haciendo, que pongan las manos encima de la cabeza entrelazadas, que se peguen de boca a la pared… porque si no lo hacen así tú serás el primero que la «palme».

—¡Obedeced! —gritó Roger con voz aguardentosa.

Stone entonces, de un puntapié en salva sea la parte, envió a Marcel contra la pared donde se agrupaban los demás.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió el falsificador.

Stone soltó aquella risita seca tan suya.

—Colecciono autógrafos, ¿sabes? Y se me ha ocurrido pensar que tú, tan hábil para firmar con letra de los demás, podría

ahorrarme el trabajo de recorrer medio mundo en busca de rúbricas famosas… ¡anda, tira delante de mí camino de la escalera!

Roger Cocteau hizo lo que le decían. Ben, se apartó ligeramente para dejarle paso y, cuando lo tuvo a su altura, con una limpieza y agilidad extraordinarias le arrebató el pistolón de marras.

—Así irás descargado, *mon cher*.

Stone, precedido del falsificador, llegó a la escalera. Dijo, antes de que aquél se encaramara al primer peldaño:

—Un momento, paisano. Voy a comprobar si eres tan hábil como tu amigo Marcel.

Hizo lo mismo que antes con el otro, atarle las manos por detrás de la espalda.

Mientras iniciaban el ascenso, Ben sonreía al pensar con la tranquilidad con que había irrumpido en un lugar cuya existencia la policía ni siquiera sospechaba.

¡Así es el mundo!

Ya arriba, pisando las hojas secas sobre las cuales el «más alto» seguía tendido sin sentido, y poco más allá, el otro seguía tendido sin vida, ordenó a Cocteau el periodista:

—Empleando su corbata y los cordones de sus zapatos, conviérteme a ése un fardo.

«Ése», era el «más alto».

Roger, por la cuenta con saldo desfavorable que le traía, se encargó de que el jefe de su policía de seguridad quedará bien…, pero que muy bien inmovilizado.

—Correcto —asintió Ben—, ahora, tiéndete de bruces en tierra.

Cocteau, que todavía no acertaba a comprender cómo podía haberse planteado tan absurda situación, siguió obedeciendo los dictados del «tío» Ben.

Y cuando estuvo en el suelo, el «tío» Ben lo dejó como él había dejado a «el más alto».

Luego, elevándolo como si fuese una pluma, lo llevó hasta casi la entrada de la Buarrakía y lo dejó tirado junto a la tapia en un lugar que desde la puerta de acceso apenas era visible.

—No te impacientes, pichón. Enseguida regreso.

Se fue a por su «MG».

Cuando regresaba a bordo del auto tras de haber atravesado no con poca dificultad todo el zoco de punta a rabo, Ben tuvo la

impresión de que alguien corría pegado a la pared del cementerio como ocultándose de él.

Fue una visión fugaz.

Ben hubiese jurado…, pero, no. ¿Qué iba a estar haciendo Frank por allí?

El «cara» de su amigo el escritor estaría disfrutando de su «*tour*» por la costa marroquí, ajeno a los peligros y líos en que él estaba metido.

¡Je, je! ¡Y un cuerno!

Desde luego, Roger Cocteau no se había movido del sitio.

Ben Stone, con tranquilidad y sangre fría, de una forma que sólo allí podía hacerse, se cargó a Cocteau sobre los hombros llevándolo al coche para introducirle en el piso del asiento trasero.

Hubo de esperar a que fuera de noche bien entrada para sacarlo del coche y con él en brazos colarse por la puerta falsa del «Mansour» llegando hasta su habitación, con muchísima suerte, sin contratiempos.

Luego de depositar su «carga» encima de la cama hizo una llamada telefónica.

* * *

Maida, piernas cruzadas (S. C.), cigarrillo entre los labios, mirada ávida sobre la figura de Ben y expresión un tanto desconcertada, fumaba con languidez.

Roger Cocteau, tan guapito y tan niño travieso, tan falsificador y tan sinvergüenza, se frotaba las articulaciones y sobre todo la muñecas.

Miró también a su captor. Lo miró, hay que decirlo en honor a la verdad, sin excesiva simpatía.

—Me llamo Ben Stone, soy periodista, tengo desquiciados los centros nerviosos, se me va la mano con facilidad, estoy en posesión de un bien ganado cinto negro de judo, soy capaz de astillarle todos los huesos del cuerpo a un tipo cuatro veces mayor que tú, tengo una prisa enorme por solucionar este asunto… Y después de esta rápida sinopsis de mi personalidad «te ruego» que me hables de los negocios que te has llevado con una mujer llamada Jacqueline Cauntet, ¿lo harás por las buenas o deberé demostrarte que lo del

cinturón negro no es una baladronada?

Roger Cocteau tragó sus buenos centilitros de saliva. ¡Qué espesa estaba! Porque le costaba mucho de pasar garganta adentro.

—No… no conozco a esa mujer.

Ben saltó sobre él arreándole el primer «leñazo» de la sesión.

El niño travieso de los cabellos áureos se disparó hacia atrás y quedó frenado por la pared.

—También se hace llamar Margaret Sorgent, ¿vas recordando… o sigo?

—¡Espere!

Y es que Ben se disponía a levantarlo del suelo.

—Tengo poco tiempo para esperar…, y yo te he dicho que poca paciencia. ¡Grazna o te «casco»!

Cocteau se puso en pie por sus propios medios con notoria dificultad, frotándose la parte del rostro que acababa de ser duramente castigada.

—No…, yo no quería hacer ese trabajo.

—Ya habías hecho otros para Hassan Nabig. Te ofreció mil quinientos y aceptaste. ¿Por qué no querías hacerlo?

El falsificador trató de acompasar su respiración.

—Se lo explicaré, se lo diré —anunció jadeante—. Hassan me dijo que sería un «trabajo» de los míos, pero ignoraba la naturaleza. Cuando me dio la dirección del lugar en donde debía encontrarme con la persona que me había contratado por mediación de él, me dirigí al 47 del *boulevard* Sidi Mohamed…

—Abrevia, abrevia —le cortó Stone tajante—. Ese cuento me lo sé de memoria, ahí te reuniste con Margaret Sorgent…

—Sí, sí, ése era su nombre. Me pidió que falsificase un certificado de matrimonio a nombre de James Coob y Martina Himble.

Hizo una pausa.

Ben la aprovechó para pensar.

Hassan había dicho la verdad. Jacqueline se llamaba Martina Himble. Su verdadero nombre, el que figuraba en sus documentos legales como ciudadana norteamericana, así, en Baltimore, Martina sería la «viuda» y legal heredera de James Coob.

Bien planeado. Morboso, rebuscado, pero bien preparado. Sí, señor.

—Sigue, no te pares que yo me disparo.

Cocteau se pasó una mano por sus rubios y rebeldes cabellos.

—Me negué en principio.

—¿Por qué?

—No veía el asunto demasiado claro.

—Insisto, ¿por qué?

—Pues… —dudó el francés—, debía falsificar el acta…

—¡Roger Cocteau, me estás crispando los pocos nervios que tengo! ¡Ya, ya lo sé! Tenías que falsificar un acta de matrimonio. ¿Dónde estaba la dificultad?

—Pues… en que el tal James Coob profesaba la religión católica. Tenía que constar que se habían casado en la capilla Kotholisch Kirsche St. Joseph, de Rabat, que está en la rué Prosper Ricard. Eso era muy difícil. No el hecho de falsificar el acta, sino el de tener acceso al registro de dicha iglesia e inscribir en él la falsa ceremonia.

—Pero ella te convenció, ¿verdad?

Cocteau ladeó la cabeza. Gesto que fue harto elocuente acerca de los medios que Jacqueline había empleado para convencerle.

Ben, por experiencia, como humano, aceptaba el que Cocteau se hubiese dejado convencer.

—Sí, sí. Lo hice.

—¿Pudiste inscribir la boda en el registro?

—Sí.

Ben enarcó las cejas.

—¿De qué medios te serviste?

Roger chasqueó la lengua con el paladar.

—Hay un muchacho marroquí que ayuda al rector de la parroquia en las tareas administrativas… sé que ese muchacho cometió hace tiempo varios delitos por los que podía haber ido a presidio. Lo coaccioné y vióse obligado a colaborar.

Ben le dirigió una mirada despectiva.

—Correcto, Roger Cocteau, correcto. Eres un cerdo asqueroso, tan asqueroso y cerdo como Hassan Nabig.

Dicho esto, Ben giró hacia Maida que iba ya por el cuarto cigarrillo. Le dijo:

—Comunícate con la central de la Sûreté y pregunta por el inspector Hadi Al Kareb. Si te ponen con él… di que necesito verle

urgentemente. Me conoce. Le das la dirección y regresas.

Maida comprendió que debía efectuar la llamada desde su cuarto.

—¡Por qué! —gimió Cocteau como una vieja cuando Maida hubo salido—. ¿Por qué avisa a la policía? ¡Nada le he hecho a usted!

—Sí, amigo, sí —se burló Ben—. Tienes toda la razón de este mundo y del otro. Pero tengo la completa certeza de que *mon cher* el inspector Al Kareb se alegrará enormemente de conocerte, además, necesito que esa boda quede anulada. Y como se trata de un rito que no es el oficial del país, tendrán que intervenir las autoridades, la embajada americana, en fin, que no sabes el lío que te has buscado. Y si a eso sumamos tu imprenta clandestina de billetitos…

Regresó Maida.

Cinco minutos después, entró en la estancia un individuo moreno de elevada estatura que, ¿cómo no?, lucía el típico bigote marroquí, además, un pelo ensortijado, un aspecto jovial y una buena amistad hacia Ben porque no dudó en abrazarle efusivamente.

Stone, que conociera al inspector de la Sûreté Nationale du Maroc durante el transcurso de su estancia en Rabat como corresponsal del «Baltimore Sun» y por otros motivos que no vienen al caso, pasó tras los saludos, rápidamente, a la cuestión.

Planteó la papeleta.

Asunto que, una vez Hadi Al Kareb hubo llamado un par de sus hombres para que se hiciesen cargo de Roger Cocteau y se incautaran de la imprenta, se solucionó con mayor rapidez de la esperada.

* * *

Al día siguiente, Maida, Ben y Hadi, a las once de la mañana, salieron del recinto de la capilla católica Kirche St. Joseph amablemente acompañados por el rector de la misma.

Stone, guardó en el bolsillo interior de su americana el sobre que el sacerdote le había entregado.

—¿Y ahora? —inquirió el inspector.

Stone le miró sonriente.

—Rumbo a Baltimore, para poner fin a un enrevesado asunto que se inició por culpa de esta muñeca… —señaló a Maida pellizcándole la barbilla— al pasar equivocadamente una comunicación telefónica.

Hadi Al Kareb frunció el entrecejo.

—Pero, Ben, ese asunto…

—¡Ya, ya, ya! —exclamó Stone interrumpiéndole—. Ya sé lo que vas a decir. Que este asunto no es de mi incumbencia ni como periodista ni cómo… —Enmudeció de repente cual si le obligara a ello la presencia de Maida—, ni como nada.

La muchacha captó la vacilación. Cualquier mujer suele ser intuitiva, Maida no podía ser la excepción.

Antes de que hablara el inspector, inquirió ella:

—¿Ni… como qué, Ben Stone?

El periodista no pudo zafarse a la respuesta. Pero tampoco contestó de un modo concreto.

—Más tarde… momento te aclararé esto.

No pareció Maida muy satisfecha, pero hubo de aceptarlo así.

—Bien —dijo Hadi Al Kareb—, si no me necesitas para nada más, os dejo, aún tengo que «cocer» al amigo Cocteau. ¿Algo más, Ben?

—No, Hadi. Gracias por tu interés.

—Sabes que un marroquí siempre ayuda a un verdadero amigo, Ben. Llevas muchos años por aquí y lo sabes.

Cierto. Un moro puede ser dos cosas: Un gran amigo, o un terrible y peligroso enemigo. Se despidieron. Y Hadi Al Kareb, al penetrar en su coche oficial, asomó por la ventanilla diciendo… vaya a saberse si en serio o en broma:

—¡Que seáis muy felices! ¿Tendréis muchos guayetes?

Arrancó el auto velozmente.

Maida y Ben se miraron a los ojos. Se besaron en la boca, así, tranquilos, sin prisas.

En mitad de una calle moruna.

* * *

Ya estaban las maletas preparadas. Ya tenían los boletos para su

vuelo en el bolsillo.

Ya faltaba menos de una hora para salir hacia Baltimore.

—Lo siento, Ben, no voy contigo.

Ben Stone recibió ante aquellas seis palabras la sorpresa más grande de toda su existencia que, más o menos, se remontaba a veintiocho años atrás.

Miró a Maida Cosby detenidamente. Fijamente. Escrutadoramente. Lo mismo que si la viera por primera vez.

Se acercó a ella, la sujetó por los hombros, la obligó a que alzase la cabeza y lo mirara, le preguntó:

—¿Por qué, pequeña?

Bajó sus hermosos ojos verdevioleta.

—Fue una auténtica locura No debí haberme movido del «Marhaba». Me dejé guiar por la euforia de mi corazón enamorado, por algo que soñaba y suponía que nunca podría ser realidad, aquella inesperada conversación, tu presencia, mi amor guardado en silencio…, pero ahora no, ya no más, Ben. Es inútil. Sé que nunca seré nada en tu vida. Sé que me ocultas algo. ¿Para qué seguir?

Ben Stone la apretó contra él y la besó con prolongada vehemencia hasta dejar sus pulmones completamente vacíos.

—¡Te quiero, Maida! —jadeó.

—Perdona, Ben, pero no puedo creerte. Sé que me necesitas en Baltimore para que identifique una voz. Tú mismo lo dijiste…

—¡Y es cierto! Pero eso no es incompatible con que yo me haya enamorado de ti. ¡Maida! ¡Trata de entender!

—Precisamente porque comprendo…

Oprimió los delicados hombros de ella con dedos férreos.

—Está bien, Maida. En realidad mi verdadera profesión es la de policía. Soy agente del C. I. A, americano. Opero en Marruecos como enlace entre la red de contraespionaje europea y africana. Por eso conozco a Hadi y por eso él ha colaborado conmigo sin vacilar. Mi empleo en el «Baltimore Sun» es la tapadera que encubre mis verdaderas actividades. Maida… Si te he confesado esto es por qué…

—¿Por qué, Ben?

—Quiero casarme contigo.

S. C.

Al cabo de muchos minutos.
—¡Ben!, ¡cariño! ¡Perderemos nuestro vuelo a Baltimore!

Un sólo capitulo

Argumento muy Rebuscado, Amigo Caudett

Ben Stone había dejado en Rabat, al cargo de Hadi Al Kareb, su flamante «MG».

Por eso, desde el International Airport de Baltimore, se trasladaron en taxi él y Maida al centro de la capital.

Se ocupó de alojar a la muchacha en un buen hotel. Se preocupó de llamar a su anciana madre comunicándole que acababa de llegar, pero que asuntos de importancia le impedían ir a verla de inmediato.

Percibió la alegría de ella a través del hilo telefónico en forma de sollozos y suspiros.

Cinco años sin ver a un hijo, son muchos años para una madre. Ben, ardía en deseos de verla, pero…

Martina Kimble. James Coob. Earl Speidel. Jane… ¿qué más?

Una viva y tres cadáveres.

Ése era el asunto importante que desde Casablanca pasando por Rabat, lo había devuelto inopinadamente a su tierra natal.

Cuando hubo cortado la comunicación y salido del establecimiento se encaramó veloz a un taxi dándole una dirección y hablándole de suculenta propina si invertían en el trayecto un tiempo récord.

Se ganó el tipo la propina de sobras. Tan honradamente, que le sobraron seis minutos con respecto al horario que Ben había previsto.

Lo dejó, tras un violento y estridente chirrido de frenos, ante la puerta de la División Central del

C. I. A.
en Baltimore.

Como un gamo, Ben devoró la amplia escalinata de mármol y corrió luego por encima de un pasillo tupidamente alfombrado.

Se detuvo ante una puerta, la golpeó, y antes de que le dijeran si podía o no pasar entró, y dentro ya, saludó:

—¡Si Mahoma no va a la montaña…!

Un hombre saltó materialmente de la silla que ocupaba tras una vasta mesa de despacho, gritando a su vez:

—¡Ben! ¡Ben Stone! ¿Qué diablos haces tú en Baltimore?

—Turismo, jefe. Puro turismo. Vacaciones por mi cuenta.

Se estrecharon las manos efusivamente.

Acto seguido, Stone tomó asiento y el otro hizo lo propio. Habló el periodista y agente del
C. I. A.

—Inspector Caldwell, necesito noticias acerca de una familia de Baltimore, a la que yo no conozco y que, sin embargo, parece ser muy rica. Coob es el apellido, alguien se ha empeñado en apoderarse de la herencia. Muertos, certificados falsos, truculencia, y todo lo que se quiera.

—Empieza por el principio, Stone.

Ben, sin dilación, relató los hechos desde el instante en que Maida se equivocara en la centralita del hotel «Marhaba» de Casablanca.

—Correcto —asintió el inspector Caldwell cuando hubo terminado—. ¿Quieres ir a charlar un rato con su amigo Edward Warren de la Brigada de Homicidios? Es posible que él pueda decirte algo al respecto.

Ben, ni se despidió.

Treinta minutos después se encontraba frente a un Individuo de mediana estatura, fornido, ancho de hombros, nariz aquilina y penetrantes ojos negros.

Tras los saludos y el preámbulo, dijo Edward Warren, teniente de la Brigada de Homicidios:

—Recibí de la Sûreté National du Maroc los informes relativos a las muertes de James Coob y Earl Speidel, ambas por motivos bien distintos. Yo, he tratado de relacionarlas. Tío y sobrino…

—¡Qué! —exclamó Stone—. ¿James Coob era sobrino de Earl

Speidel?

—Correcto. Bárbara Mayer, esposa de Speidel, era hermana de Jame Mayer, madre de James Coob. Dos días antes que su hijo, Jane murió…, a consecuencia también de un infarto de miocardio. Casual, ¿eh? Y no sería de extrañar, sin embargo, teniendo en cuenta que madre e hijo padecían la misma afección cardíaca. Pero, sucede, que la servidumbre del olvidado palacete donde vivía Jane Mayer, la oyeron gritar de una forma aterradora la noche de su muerte. Corrieron a la habitación encontrándola a ella en el suelo y, a dos pasos, un hombre alto cubierto con una capa negra cuyo rostro, lo afirman los dos más antiguos de La servidumbre, era el de Henry Coob, su esposo, fallecido ocho años atrás.

»Poco después llegaron las noticias de que James y Earl habían muerto en Casablanca. El segundo de ellos asesinado.

—Y lo bueno del caso —siguió el teniente tras una breve pausa —, es que James Coob se casó en una iglesia católica de Rabat días antes de su muerte. Precisamente estoy interviniendo en los trámites notariales porque la viuda, Martina Himble, parece tener prisa en legalizar su situación y hacerse con la herencia.

Stone, cuyo cerebro trabajaba a velocidad de vértigo, inquirió:

—¿Qué clase de herencia?

Se extrañó visiblemente el de la Brigada de Homicidios.

—¿No lo sabe? Harry Coob era propietario de un extenso campo de explotaciones petrolíferas en Tulsa… no recuerdo exactamente el nombre de la compañía, pero sé que es importantísima, al morir Henry, por su testamento, pasaron íntegramente todos los bienes a su esposa, al fallecer ésta, por testamento también a su hijo James. Y por último, muerto el muchacho, aun no mediando testamento, la herencia pasa a su reciente esposa y viuda Martina Himble. Sí, sí; ya sé, algo oscurísimo, muy enredado, pero que desarrollándose bajo un punto de vista legal, me refiero a los efectos notariales, nadie podrá impedir que la tal Martina herede.

—Tengo documentos que prueban que Martina Hible y James Coob no estuvieron jamás casados.

El teniente Edward Warren brincó de la butaca.

—¡Qué! ¿Cómo ha dicho?

—Como lo ha oído.

—Entonces es…

Ben Stone cuadró las mandíbulas.

—Entonces, teniente, me permitirá que yo siga en el asunto puesto que he venido desde Casablanca a Baltimore para esclarecerlo y desenmascarar al creador de tanto maquiavelismo. Mejor dicho, a la creadora.

—El caso no compete al
C. I. A.

—Lo sé. ¿Favor especial?

—Correcto.

Stone sonrió agradecido. Inquirió seguidamente:

—Teniente, dígame una cosa: ¿Existen otros herederos más o menos legales, exceptuada la falsa viuda de James Coob?

Cabeceó afirmativamente el de la Brigada de Homicidios.

—Por supuesto. Hay dos personas que tienen opción a un mínimo porcentaje legal en la herencia… Dora Mayer y Bárbara Mayer, hermanas ambas de Jane. En cuanto a Bárbara, la viuda de Speidel, dudo de que pueda hacerse responsable de la parte que le corresponda. Es una mujer que padece ciertas enfermedades nerviosas que la obligan a pasar temporadas en un centro siquiátrico.

—¿Loca?

—No me pareció una loca en su acepción literal cuando la interrogué…, pero sí extraña… Incoherente, nerviosa, ausente en algunos instantes. Fría o excitada a un tiempo. En fin, total desarreglo de los centros neurálgicos.

—¿Quién es el notario que se encarga de los trámites?

—Allan Boorkhe. Uno de los más prestigiosos de nuestra ciudad.

—Correcto, teniente. Muchas gracias por todo y no dude que lo tendré al corriente de mis progresos.

Con igual rapidez y dinamismo que entrara, salió del despacho el activo y febril Ben Stone.

Se metió en el primer bar que encontró al salir de la jefatura y consultó una dirección en el listín telefónico.

Luego, con rapidez, salió a la calle y tomó un taxi.

* * *

Allan Boorkhe era un hombre de elevada estatura y erguidas

espaldas, pese a lo avanzado de su edad, afable, de aspecto bondadoso, sienes como la plata, comedido en su forma de expresarse y excesivamente meticuloso.

—Sí, así es, señor Stone. Yo me encargo de los trámites. ¿Es usted pariente de los Coob? ¿Tiene alguna reclamación que formular?

Ben, sonrió de una manera extraña. No pasó eso desapercibido a los ojos agudos del notario.

—¡Oh, no! ¡Nada de eso! No tengo nada que reclamar. Pero su cliente, Martina Kimble, viuda de James Coob, no puede percibir ni un centavo de esa herencia.

Desorbitó los ojos genuinamente sorprendido. Más que eso, atónito.

—¿Qué es lo que acaba de decir?

Stone sonrió de nuevo.

—Simple, señor Boorkhe. Que Martina Himble nunca ha estado casada con James Coob.

La sorpresa del notario creció hasta límites insospechados.

—¡Imposible! Yo he visto el certificado… ¿se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Ha pensado que puede acusársele…?

Ben Stone le atajó con un ademán.

—Me doy cuenta de todo, señor notario —y sacó del bolsillo de su chaqueta los documentos que un sacerdote católico le entregara en una parroquia de Rabat, anunció—: ¿Quiere leer estos papeles?

Lo hizo.

Y su rostro fue muestra elocuente de los sentimientos que interiormente experimentaba a medida que iba avanzando en la lectura de aquellas sorprendentes e inesperadas letras.

—¡Asombroso!

—Y rigurosamente cierto.

—No obstante me veré obligado a efectuar una serie de verificaciones. El asunto toma ahora un cariz muy complicado. Tendré que hablar con la policía…

Ben Stone hizo lo que no había hecho al principio. Mostrar su credencial de agente del
C. I. A.

Eso, impresionó bastante al notario.

—¿Qué sugiere que hagamos?

Stone, como si ya tuviera la respuesta a flor de labios, contestó:

—Esta noche, a las diez en punto, reúna aquí a los herederos directos e indirectos de James Coob. O sea, a Martina Himble, Bárbara Mayer y Dora Mayer. De cualquier excusa legal, la que usted crea más convincente.

—Correcto. Como usted ordene.

—¿Hay alguna habitación desde la que yo pueda ver y oír sin ser visto?

—Creo que sí —afirmó el notario—, aquella puerta… —señaló una pequeña que se abría en el tabique izquierdo—, corresponde a un ropero Podrá ocultarse con desahogo. La verdad es que no entiendo lo que pretende, señor Stone.

—Vendrá conmigo alguien más, señor Boorkhe. Tengo la seguridad de que entre las tres personas que usted reúna existe una voz que te es familiar a la persona que yo traeré. Ésa, señor notario, será la clave del enigma. ¿A las diez de la noche?

—Correcto, señor Stone.

Ben Stone, con una sonrisa en los labios, salió del despacho del notario camino del hotel en donde se alojaba Maida Cosby.

Por fin, pronto se sabría hasta dónde llevaba el error de la telefonista de un hotel.

* * *

Evidente que los cuatro reunidos estaban nerviosos.

Incluso el notario Allan Boorkhe que no sabía exactamente cómo empezar a pronunciarse.

Se caló primero unas gafas de espesa y oscura montura, miró de soslayo a las tres mujeres y dijo con voz algo insegura:

—Las he reunido aquí como herederas de James Coob para notificarle» que ahora han surgido… se han producido unos problemas de índole legal que me impiden momentáneamente hacer la distribución de los bienes que por la muerte de James Coob…

—¡Soy su heredera universal! —exclamó una de las tres.

El notario tragó saliva.

—Nadie lo duda, no se preocupe, señora Himble. Sin embargo, por el hecho de haberse celebrado su matrimonio con James Coob…

—Por mi parte —interrumpió Bárbara Mayer al compás de una serie de estremecimientos y «tics» nerviosos—, renuncio a la herencia. Las herencias de los muertos están tan muertas cómo los mismos muertos, son señal de muerte… ¡oh, la muerte!, ¿sabe qué es la muerte, señor notario?

—¡Cállate, maldita loca! —intervino la tercera.

Se trataba de Dora Mayer. Mujer muy alta y delgada de unos sesenta y cinco años de edad. Su rostro era enjuto, de piel pegada a los huesos. Su mirada rezumaba rencor.

Bárbara, por su parte, pasando a uno de esos momentos de ausencia propios de su enfermedad, musitó:

—Perdónala, perdónala. No sabe lo que se dice.

—¡Por favor, por favor! —se interpuso el notario—. Guarden calma.

Martina Himble, la exuberante mujer que con sus encantos turbara a James Coob y a un falsificador de Rabat…, y también a un tipo llamado Stone, intervino excitada:

—¡Calma! ¿Qué guardemos la calma? Unos trámites que hace tiempo deberían estar solventados y usted nos reúne para decir que hay dificultades…

—Sí, hija, sí —la apoyó Bárbara Mayer con un crujido general de huesos—. Tienes mucha razón…

* * *

En el interior del ropero, una de las dos personas que seguían atentamente la conversación que al otro lado de la puerta mantenían los reunidos en el despacho del notario Boorkhe, exclamó con vehemencia:

—¡Ésa es la voz, Ben! ¡Sin duda! ¡Ésa fue la mujer que se comunicó con Jacqueline o como se llame desde Baltimore!

Stone, no demasiado sorprendido, inquirió:

—¿Estás segura?

—Completamente, Ben.

Asintió el hombre con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos a estirar el cabo de la madeja definitivamente. ¿Recuerdas? Empezaste a tirar tú de él con la equivocación.

Esbozó ella una débil sonrisa. Musitó:

—Habitación treinta y siete, habitación cuarenta y siete…

—Vamos, pequeña.

Y tomándola desuna mano, empujó lentamente la puerta del armario ropero, de un armario que había sido de gran utilidad.

Salieron a la estancia. Saludó Ben:

—¡Buenas noches! ¿Interrumpimos?

Los tres rostros de mujer giraron al unísono. Y el de Martina Himble se tornó pálido como la cera.

Ben Stone, con notorio sarcasmo, agregó:

—Me siento honrado de conocerla, señora Bárbara Mayer. Lo mismo digo, señora Doris Mayer… —Se inclinaba en burlonas reverencias. Detenido finalmente cerca de Martina, se mordió el labio inferior. Murmuró—: Diríase que a usted la conozco…, señorita Jacqueline Cauntet. O… ¿acaso se llama usted Margaret Sorgent?

No esperó más la mujer. Brincó como una tigresa al tiempo que su mano volaba hacia el escote y sus labios rugían:

—¡Maldito hijo de perra!

No llegó a empuñar la pistola porque la puerta de entrada se abrió violentamente. Ordenó una voz bronca:

—¡Quietos todos! ¡Al primero que pestañee lo mato!

Martin Himble, al reconocer al hombre que estaba en el umbral empuñando una pavorosa automática, palideció mucho más que minutos antes al ver a Stone.

Unos segundos de silencio presidieron la escena.

Bárbara Mayer fue la única que se movió, retrocediendo lentamente hacia el que estaba en la puerta al tiempo que también extraía una pistola.

—Me alegro de conocerle, doctor Earl Speidel, sabía que usted no podía faltar a esta cita.

—Ha ido usted demasiado lejos —musitó odiosamente el hombre de la pistola—. Debió haber muerto en Casablanca. Esa perra… —señalo a Martina—, por engolfarse con usted, tiene la culpa de todo.

La mujer a quien Ben Stone conociera como Jacqueline Cauntet, no apartaba los ojos del hombre que había visto morir en su presencia de dos balazos que le había disparado su propia esposa.

Sí, porque como Maida había dicho, la voz pertenecía a la que se suponía enferma mental Bárbara Mayer.

—Está perdido, Speidel. Todo su plan ha fracasado. Cadáveres y sangre. No son buenos cimientos para construir una empresa.

Maida, protegida tras el cuerpo de Ben, temblaba perceptiblemente. El notario, no sonaba mejor que un cascabel.

Dora Mayer estaba petrificada.

Martina, seguía con los ojos fijos, hipnotizados, en la persona de aquel nuevo resucitado.

—¡Mátala, Earl! —exclamó Bárbara con voz ronca, cargada de odio—. ¡Ya no nos sirve de nada!

Earl Speidel soltó una diabólica carcajada.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Los mataremos a todos! Y como yo estoy muerto… todo se resolverá como lo habíamos planeado. ¡Sí, todos, hasta ese imbécil del notario!

A partir de aquel instante los hechos se sucedieron con una rapidez más que vertiginosa, alucinante.

Martina Himble salió de su hipnosis moviéndose centelleante. Su mano se introdujo y salió del escote en fracciones de segundo.

Con un revólver.

—¡Muere! —gritó Speidel.

Y descuidó al peligroso Ben Stone. Que tenía su automática entre los dedos. Que ya estaba oprimiendo el gatillo.

—¡Aaaaaah! ¡Te mataré, maldito!

Fue un rugido bestial, infrahumano, espeluznante, el que brotó de la garganta de Bárbara Mayer.

Enfiló su arma hacia Martina, ambas dispararon al unísono. Ben hizo fuego nuevamente un par de segundos después.

Primero, cayó Martina Himble. La ambiciosa. La de los tres nombres. La verdadera víctima propiciatoria de un plan diabólico fraguado por dos mentes aviesas.

Luego, Bárbara. La segunda mente siniestra. Junto a su marido… que había sido la primera.

El fin. Tres cadáveres.

Y Dora Mayer, que se había desplomado inconsciente sin exhalar un gemido.

—¡Válgame el santo cielo! —exclamó el notario derrumbándose en su butaca.

Maida, llorando, temblorosa, se refugió entre los brazos de Ben Stone.

La confusión de una llamada. El horror. Los crímenes. Los resucitados. Todo… todo había concluido.

¿Para quién sería la herencia?

FELIZ EPÍLOGO

LAS EXPLICACIONES QUE FALTABAN

Yo, Frank Caudett, fui testigo vidente y directo, con firma y todo, de que él y ella habían contraído matrimonio.

De los de verdad. No de aquellos que se efectuaban en Rabat de una manera confusa y anómala.

Yo mismo, con mi venia, les dije que ya podían hacer sus «asuntitos» legalmente.

Ben entendió que yo insinuaba que antes… En fin, que, S. C.

Ben, me dijo un sinfín de cosas feas, gordas y gruesas, que no son nada transcribibles.

La ética y mi elevadísimo sentido de la moral me impiden reproducir en las cuartillas aquellos insultos…

Además, el chico, tenía razón en parte.

Pero de todas formas, es lo que yo le dije. Mi padre estaba ajeno al asunto.

Total, que dos noches después me invitaron a cenar con ellos. Después de la comida —menda, con su régimen severísimo para no irritar el ulcus pilórico—, bebí un dedo en posición vertical de *whisky* y pasé al despacho de Ben.

No se privaban de nada. Se habían comprado una torrecita. ¡Y vaya con la torrecita de marras!

Se lo conté todo. Que había seguido el caso de cerca. Pero que me faltaban datos para completar mi trabajo.

Ben, fumándose un imponente habano, respondió a la única pregunta que le hice de esta forma:

—Earl Speidel concibió un plan siniestro para hacerse con la

fortuna de Jane Mayer que, por herencia, existiendo James, jamás alcanzaría a su esposa. Como médico de la familia, estaba al corriente de que madre e hijo padecían idéntica afección cardíaca.

»Las dolencias del corazón suelen ser en su mayoría hereditarias, ¿lo sabías, “Agatha Christie”? Pues bien, Earl Speidel, disponiendo de un arma estupenda para eliminar a su cuñada y sobrino sin que nadie pudiera acusarle del doble crimen, encargó a su mujer, que no estaba loca ni mucho menos, que buscase una víctima propiciatoria. Ésa fue Martina Himble. Bárbara la hizo llegar hasta su marido proponiéndole o insinuándole el plan qué el propio Earl había fraguado. Luego, lo eliminarían a él. El, mismo Speidel, aceptando las sugerencias y el amor de Martina, se encargó de reencarnar al fallecido Harry Coob causando, con la violenta impresión, la muerte a Jane Mayer.

«Como ya sabes, Martina hizo lo propio con James, atrayéndola con sus artimañas sensuales para finalmente prepararle la truculenta escena de su resurrección. ¿Por qué en Casablanca? Sencillo. Lo que allí sucediese sería un tanto difícil de comprobar aquí. Cualquier notario daría por buenos los documentos acreditativos que Martina presentase como esposa y viuda de James Coob. Se daría por buena la falsa boda.

»Luego, una vez solventados los trámites legales, Martina vendería a cualquier compañía las explotaciones petrolíferas y, con Bárbara, se repartirían —lo de repartir era teóricamente, puesto que Martina estaba destinada a morir cuando ya no fuese útil el dinero. ¿Que por qué fingió Earl su muerte? Sencillo también, de esta forma, en un caso de emergencia, tenía atrapada a Martina. Si ésta intentaba una jugada por su cuenta y riesgo, Earl podía aportar rápidamente pruebas fehacientes, por medio de una tercera persona, de que ella jamás se había casado con James. Martina, sin embargo, no podría jamás demostrar que Speidel estaba vivo porque, los restos de un cadáver muy parecido y hábilmente preparado por los hombres de Hassan Nabig, habrían sido incinerados con la documentación y el pasaporte del médico.

Yo, que iba tomando notas, me pregunté a mi mismo si faltaba algún detalle.

Me pareció que no, aunque, dicen los que me leen que siempre me olvido algo. ¿Qué respondo? De humanos es el errar y de

escritores el no rectificar.

Estaba dando un retoque a mis apuntes cuando penetró en la biblioteca la verdadera causante de que los planes de Earl Speidel hubieran fracasado rotundamente.

Maida no dijo nada. Tomó asiento sobre las rodillas de su «propietario» y dejó que la besara largamente.

Así, delante de mis narices.

Me hinché de toser y como si tal cosa.

Tuve el presentimiento de que se me dilataría la úlcera. Y saqué la certeza de que se estaban besando para hacerme la…

S. C.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie FBI, con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo…, Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña
1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los
ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] Niños y niñas. <<

[2] Cementerio hebreo. <<